



La Comuna de Paris

In Memoriam

Fué la «Comuna» un movimiento revolucionario de clase, como las sangrientas jornadas de Junio de 1848, como las insurrecciones obreras de Lyon de 1831 y 1834. Fué un movimiento proletario cuya tradición remonta hasta la conjuración de los IGUALES (1796-97). En 1871, año de gracia y de luto, de muerte y de resurrección, la clase trabajadora de Francia, de igual manera que en épocas anteriores, al producirse la desastrosa caída de un viejo régimen, lanza sus huestes compactas para cimentar el nuevo régimen de la libertad, ó para ampliarlo y consolidarlo, ó para asegurarlo con firmeza con los sólidos é indisolubles vínculos de la igualdad económica y la democracia socialista. La caótica sociedad capitalista incubaba en todos los instantes de su liberación política, los agentes de una emancipación social, prepara-

ba entonces los elementos colectivos de la redención de los parias modernos, condenados á una esclavitud económica, como sus hermanos de la república de Atenas ó de Platón, en el nuevo orbe del sufragio universal y del sistema parlamentario y á pesar de la conquista de libertades civiles y políticas. En vano la acción tumultuosa, en vano la acción legal, en vano la lucha gremial pura y simple, si el proletariado no intenta al mismo tiempo que mejorar las condiciones materiales de su vida, completar el proceso de disolución de las fuerzas productivas del mundo capitalista con la socialización de la propiedad. La burguesía escribe en la portada de la Revolución Francesa, en la *Declaración de los Derechos del Hombre*, el derecho de propiedad individual, que en el campo jurídico y en el dominio político nuevos consagraba un moderno régimen de producción. Los movimientos revolucionarios del proletariado, armados ó pacíficos, insurrección de multitudes ó rebelión de las ideas, que nacen del continuo choque de dos sistemas sociales, de la contradicción latente de dos regímenes de producción y de dos diferentes y antinómicos medios de apropiación y distribución de la riqueza nacional, de la lucha de clases, en fin, imposible de mitigar con la amorfa política de colaboración de clases,—esos movimientos revolucionarios han tendido lógicamente al establecimiento de una constitución colectiva del derecho de propiedad sin la cual no podría subsistir el régimen político de la libertad individual.

La insurrección del XVIII de Marzo, el gobierno de la «Comuna» está animado por la llama de la idea socialista. Proudhonianos, blanquistas, internacionalistas, mayoría jacobina y minoría socialista, todos los combatientes, todos los dirigentes, todos los *Federados*, están afiliados al ejército de la Revolución proletaria; y así como en sus cartucheras de guardias nacionales llevan las balas que dispararán contra los soldados de Versalles en defensa de París—baluarte de las libertades eco-

nómicas y políticas, de la República democrática y social, faro que ilumina el *Calvario* de la *Redención obrera*—en sus cerebros germina la idea liberadora, en sus corazones alienta el sentimiento de la solidaridad humana, idea y sentimiento que no pudieron caer vencidos en la *Semana Sangrienta*, que no pudieron sucumbir, como murieron quienes los cobijaban, «en la represión más homicida del siglo» (1). En memoria de todos los caídos, el proletariado inteligente y consciente de todas las naciones reconcentra las hileras de sus organizaciones de lucha. En memoria de los republicanos comunales é internacionalistas de ayer, la *Internacional* de hoy persiste en sus métodos de lucha concurrentes á la consumación de la obra emancipadora, porque sabe que, así como para los ejércitos armados de la *Comuna* no existieron las leyes de la guerra, no existen, en verdad, para sus legiones de sindicados los códigos de la paz social. También la REVISTA SOCIALISTA INTERNACIONAL tiene un recuerdo para los hombres y las ideas del XVIII de Marzo, y al continuar la tradición comunista, inspirada en los actos y en la mentalidad del proletariado, procura seguir el consejo de Berthelot: «bueno es ir adelante, con los actos cuando se puede, pero siempre con el pensamiento».

¡¡η Memoriaη de la "Comuna"!

E. DEL VALLE IBERLUCEA.

(1) Ch. Seignobos, *Histoire politique de l'Europe contemporaine*, pág. 187.



Ayer y Mañana

El gran problema del método revolucionario de los tiempos nuevos, es combinar la conquista del sufragio universal y la acción creciente de la fuerza sindical tendiendo á la huelga general como á su medio propio y supremo de protesta, de combate y de reivindicación. Estas dos acciones pueden armonizarse, sin subordinarse ni confundirse, y la fuerza de las cosas que no permite al proletariado prescindir ni de la una ni de la otra los armonizará necesariamente. Para que el recurso á la huelga general produzca todo su efecto, es preciso que esté al servicio de una reivindicación extensa y clara; y es preciso que la relación de esta reivindicación con el interés general de la civilización humana en evolución hácia formas superiores aparezca á un gran número de espíritus. Ahora bien, la esencia misma de la propaganda política del socialismo, es sobrepasar las fronteras corporativas y demostrar al conjunto de la nación que la acción del proletariado prepara una «humanidad» más alta, y mejor para todos los hombres. En este medio vasto, preparado y humanizado por la propaganda de la idea socialista, la huelga general no producirá pánicos de reacción, sino movimientos de progreso y sacudimientos de revolución. Por otra parte, ¿cómo el socialismo, conducirá á la aceptación decisiva de la sociedad confusa que él no penetra sino á medias en su claridad, si la fuerza organizada de la clase obrera no diera, á ciertas horas, la impulsión que rompe las últimas resistencias?

En vano ensayarán los reaccionarios sembrar el temor. Aún cuando lo consiguiesen, no provocarían sino retrocesos transitorios, seguidos bien pronto de nuevos y más vigorosos entusiasmos. Viene una hora en que el miedo de los privilegiados, aún comunicado á la parte inconsciente de la masa, no puede más detener los movimientos sociales. Ante los peligros que amenazan, las sociedades se salvan á veces yendo hácia atrás; pero pronto sobreviene un día en que «ellas se salvan marchando hácia adelante». El proletariado puede desafiar las manobras y las violencias.

La Comuna ha contribuido á esta soberbia certeza. Ella ha mantenido en la clase obrera francesa la tradición de audacia y de esperanza que dán la dignidad y la fuerza. El esfuerzo heroico de nuestros «mayores» no ha sido en vano; sus sufrimientos no han sido perdidos.

J. JAURÉS.

A la memoria de la Comuna de París



(WALTER CRANE)

Los días de la Comuna

(NARRACIÓN DE UN COMUNALISTA)

Pocos días antes del 18 de marzo acompañamos un camarada, Juan Fortan, que iba á recibir á su hermano, joven oficial del cual estaba separado desde el comienzo de la guerra. Naturalmente, conversábamos de la lucha inminente entre los sostenedores del viejo edificio social y las nuevas aspiraciones hacia la emancipación.

La composición, la actitud de la Asamblea de Burdeos dejaba comprender que París iba á encontrarse frente á frente con todos los partidos retrógrados; desde el tricolor bonapartista hasta el blanco de flor de lis realista, todos los que codiciaban ese trono de Francia tantas veces conmovido en el siglo.

Habíamos sabido por un joven soldado de infantería que en el Campo de Marte las autoridades militares habían intentado la distribución de armas á todos los soldados desarmados por las convenciones del armisticio; la protesta general hizoles comprender que estaban hartos de combates, que no querían armas.

—¡Bravo!

—Veremos, veremos,—dijo mi camarada.—No creo en un rechazo definitivo; más que convicción es cansancio, no nos forjemos ilusiones sobre este movimiento de mal humor. El gobierno lo intentará de nuevo y la amenaza del Código Militar producirá su efecto; el miedo, de buen ó mal grado les hará tomar el fusil y los conducirá á usarlo en cuanto sea necesario.

Pero, ¿cómo podíamos admitir que después de combatir juntos durante meses, después de sufrir las mismas penas, el soldado iba á volverse en contra nuestra?

—Tendremos la República, por ella hemos combatido, y para ella conservaremos, consolidaremos lo poco que tenemos, eso que los partidarios de los diferentes colores tratan de destruir.

Felices, confiados en el porvenir, mirábamos á los dos hermanos abrazarse con la alegría del encuentro. La alegría duró poco, por sus gestos comprendimos el antagonismo. Y cuando nuestro amigo indignado, exaltado, gritó para expresar su entusiasmo ¡Viva la República!, su hermano el oficial imperialista, le contestó con rabia: ¡Muera la República!

Y eso fué todo, pero simbolizaba por una parte, al

pueblo de París, dispuesto á los mayores sacrificios para conquistar su independencia; por otra, al soldado de Versalles, clerical y realista, dispuesto á aplasar á la «canalla» para la mayor gloria de Dios, como lo probaron más tarde, haciendo que los prisioneros se arrodillasen ante la iglesia y se humillasen ante el palacio versallés.

El 18 de marzo la ciudad estaba ocupada militarmente. La resistencia estaba vencida, los soldados, de nuevo bajo las armas, pero sin gran convicción. Reprimían sin energía las manifestaciones en las calles, que las barricadas empezaban á interrumpir; el pueblo se negaba á ellos, los oficiales sentíanse impotentes. Ante esta actitud ese bosquejo de ejército se dislocaba.

Fortan, á quien ví ese día, contóme lo de Montmartre, el ataque á los cañones, la orden del general Lecomte de hacer fuego sobre la «vil multitud», orden que debía volverse contra él. Y en efecto, poco después debía ser ejecutado en la calle de Rosiers junto con Clemente Thomas que, mirando como aficionado el tumulto de las calles, fué reconocido por el hijo de una de sus víctimas del 48,—casual encuentro al cual debió su compañía el general Lecomte.

En Montmartre, como en los demás puntos, el desbande fué completo; los soldados, abandonados por sus jefes, recibieron la orden de volver como pudieran á Versalles.

El pueblo se mezclaba á ellos y los exhortaba á hacer causa común con él; muchos no titubearon, pero el mayor número, movidos por el miedo al castigo, á lo desconocido, acató la orden.

En estos momentos de honda conmoción se olvidan medidas sencillas y de las cuales dependen á veces los acontecimientos futuros: ¡las puertas de París no habían sido cerradas!

El día pasó sin que una acción común hubiese podido regularizar las fuerzas, hacerlas producir útilmente. El pueblo estaba en la calle, dispuesto para la acción, pero buscando, sin saber á donde dirigirse.

La iniciativa no depende evidentemente de la voluntad del individuo. Estamos todavía en el período educativo del pueblo; la ignorancia en que ha sido mantenido, la obediencia impuesta desde la infancia por los

que se dicen superiores, el temor que éstos saben inspirar, el respeto que de él exigen, ahogan la iniciativa, matan el resorte individual. No tiene consigo los elementos necesarios para la acción, espera entonces la impulsión de una fuerza externa. Tal era nuestra situación el 18 de marzo.

El Comité Central celebró sesión por la tarde en la calle Basford y dió orden á los batallones de concentrarse en el Hotel de Ville.

Ahí vimos á la ola revolucionaria aumentada, tormentosa, pero agitándose sin orientación. Algunas barricadas habían sido levantadas en los alrededores. Decíase que el demasiado célebre Lullier había tomado posesión del Monte Valérien; no lo hizo en realidad y supieron después los parisienses cuán caro esto les costó. Este triste personaje debía más tarde, cuando estaban deportados en la isla Nou, vender del modo más bajo á sus camaradas que preparaban con él una evasión. De vuelta, después de la amnistía, debió dar cuenta de este acto en el Tivoli (Montmartre), de donde salió muerto para todos (1).

Ese es el hombre que el 18 de marzo, en esa hora decisiva, debía apoderarse del Monte Valérien, defendido entonces por unos cuantos soldados, y ocuparlo en nombre de París y para su defensa.

Y con todo, el 18 por la noche no habíamos hecho casi nada.

—Ah!—me decía Fortan,—qué fuerza y qué tiempo perdidos en esa inacción tumultuosa; los rurales han preparado el golpe; mientras titubeamos, ellos se organizan.

Y era demasiado cierto. El plan que Thiers no había podido organizar en el 48, lo ejecutaba, por fin: París en insurrección y librado á sus propios medios.

El gobierno no había sido derrocado; había huído, arrastrando consigo los restos del ejército imperial, al cual sólo faltaba la aureola de la muerte de 30.000 prisioneros.

Los generales franceses iban, por fin, á mostrar al

(1) Esta tentativa había sido preparada por Trinquet, Maroteau y Fortan y varios otros; tuvieron que adjuntarse Lullier por sus conocimientos marítimos. Un día, Fortan encontróse con el director de la penitenciaría, que era todavía un hombre, rara avis: invítóle éste á pasar á su despacho, y después de preguntarle si Lullier era amigo suyo, le presentó una carta, lea esto, le dijo. Era la denuncia del proyecto de evasión.

mundo que ellos también sabían vencer y que si los prusianos habíanse conformado con un paseo militar por los Campos Eliseos, ellos sabrían devolver el juicio á ese París revolucionario.

Después del tiempo perdido en negociaciones entre París y Versalles, las cuales tuvieron lugar en la alcaldía de la segunda circunscripción, las elecciones para la Comuna comenzaron; fué proclamada el 26 sobre la plaza del Hotel de Ville y aclamada por todos los batallones bajo las armas.

Fué un momento de bello entusiasmo, sin una nota discordante; todos comprendían la gravedad de la situación y el juramento de vencer ó morir por la libertad, por la justicia, unía en un mismo y fraternal arranque al pueblo de París y á sus elegidos.

Pero por encima de la efervescencia general, veíamos ya en el horizonte las gruesas y oscuras nubes acumulándose; presagiábamos la tormenta sin sospechar jamás la intensidad que tendría.

Desde entonces los acontecimientos se precipitan. El 2 de abril el ejército versallés ocupaba los atrincheros dejados por sus nuevos aliados los prusianos; sitiaba la ciudad y la guerra comenzaba con el ataque á los federados en el puente de Neuilly.

Al día siguiente tuvo lugar la salida en masa de los federados; el combate emprendióse en toda la línea; debía terminar el 28 de mayo en Belleville.

Desde los primeros combates, todos los federados caídos prisioneros en manos de sus enemigos fueron pasados por las armas. En Chaton, el célebre Gallifet daba la nota; en Chatillon, vengábase Vinoy; Flourens, Duval, Henri y tantos otros debían caer bajo los golpes.

Ese día, Eliseo Reclus, simple federado, fué hecho prisionero; arrastrado de prisión en prisión, debió la vida á las sociedades científicas extranjeras. Su gran saber, su carácter, sus principios, no hubieran sin duda, detenido á nuestros modernos inquisidores.

Un poco más tarde, el Moulin Saquet fué vendido durante la noche y sus defensores muertos; luego el fuerte de Issy; luego la entrada de las tropas en el Point du Jour.

Los defensores de la Comuna—el mundo entero lo sabe y sólo podemos repetirlo,—se batieron hasta el final sin desfallecer; la intensidad de la lucha produjo una selección forzada, un cierto número se ocultó, sólo los con-

vencidos, los fuertes, permanecieron en la brecha, fieles á su juramento.

La Comuna ha sido á menudo criticada, aun por sus partidarios, reprochándose mutuamente los errores cometidos, estrechando el campo de acción á unos cuantos individuos ó grupos. Ciertamente, hubiera sido preferible la victoria. ¿Pero era ésta posible?

Hoy podemos juzgar con imparcialidad y calma estos hechos pasados, y podemos asegurar lo que muchos pensaban entonces: no había salida posible.

París sitiado por dos ejércitos, bloqueado, veía reinar de nuevo la carestía. Podemos citar como ejemplo este telegrama que el «Moniteur Universel» del 30 de abril de 1871 extractaba del «Nouvelliste de Rouen»: «Creil, 24 de abril, 11 y 30 p. m., jefe de Estación Creil al Sr. Sainult, inspector de Rouen.—En virtud de una orden del comisario de policía delegado á Creil, todos los víveres y provisiones destinados á París, se encuentran detenidos aquí con la orden de enviarlos á su punto de partida. Tome las medidas necesarias para que mercaderías de esa naturaleza no sean enviadas con ese destino.»

La declaración del capitán Garcin ante el comisario de encuesta parlamentaria es aún más afirmativa: «He tratado de saber cómo se aprovisionaba París. Se decía que los prusianos permitían su entrada. De nuestro lado el bloqueo era completo, riguroso, y sin embargo, sabemos que los víveres no faltaban en París» (1).

¡El ejército francés, lleno de celo, haciendo reproches al ejército alemán!

¿Cómo hubiera podido el pueblo en esos dos meses de combate sin tregua hacer más de lo que hizo? Dió su sangre y su vida en defensa de su ideal humanitario; á los que siguieron correspondía sacar provecho del heroísmo de esa revolución social, lucha titánica del proletariado en contra de los partidos monárquicos coaligados.

El 21 de mayo, el ejército hizo su entrada triunfal en el Point-du-Jour. La Comuna no tenía defensores en ese punto, todo estaba abandonado. Tal vez algún día sepamos la verdadera causa. De cualquier modo, Vaisset, agente versallés intermediario entre Thiers y el general de la Comuna de quien dependía ese punto, había sido arrestado pocos días antes sobre la ruta que conduce á

(1) «La semaine de Mai». Pelletan.

Saint Denis. Al bajar del coche fué tomado; el cochero comprendió y dió vuelta, llevando un segundo pasajero que no pudo ser visto. ¿Estaba consumada la traición? No lo sabemos; pero el día en que los versalleses entraron, los combatientes habían sido retirados.

Vaisset fué fusilado por la Comuna en el Point-neuf, cuando tuvimos que abandonar la prefectura (1).

La invasión de París fué lenta; no hubo combates serios, pero las ejecuciones sumarias comenzaron desde el primer momento, antes del miércoles, de la batalla en las calles, antes de la ejecución de los rehenes, desde que se iniciaron las hostilidades.

En la Escuela Militar y el Parque Monceau, la siniestra tarea comenzó al día siguiente de la entrada.

La ocupación era lenta y metódica, lo que importaba no era vencer sino exterminar, y aun así los célebres estamentos mayores franceses perdíanse en pleno París como lo habían hecho delante de los prusianos. «Desviadas del camino directo por los obstáculos que hallaban á su paso, las columnas dirigidas por los generales Douai y Ladmirault, sus estados mayores y artillería presentáronse en la plaza del Trocadero. Resultó de esto una cierta confusión que duró hasta después del paso de las tropas y que hubiera podido tener serios inconvenientes» (2).

Durante los siguientes días el combate se hizo de más en más violento. En la noche del jueves al viernes fué desesperado, cada uno sentía que el círculo se estrechaba, no oíase más que el cañón y el disparo de los fusiles; Montmartre, en poder de los versalleses, bombardeaba á Belleville.

(1) Los mercaderes de conciencias prometen al que acepta tan taliste mercado todo lo que este pide: como ejemplo, recordemos el caso de Vaisset. Este soñaba con la fortuna: amigo de Barthelemy St. Hilaire, secretario particular de Thiers, le propuso entregarle París, lo que fué aceptado con efusivos abrazos y promesas.

Este nuevo salvador de la familia, del orden y de la propiedad, puso en el acto manos á la obra. Adjuntóse dos comerciantes del barrio de Senier, los cuales atraídos por la fortuna en perspectiva, facilitaron los primeros fondos necesarios para ese género de operaciones y que faltaban á Vaisset.

Todo marchó bien, por desgracia, hasta el día del arresto de Vaisset y su ejecución por la Comuna. Thiers, al cual jamás había visto, no quiso saber nada de la viuda y de sus hijos, pretextando que ya que Vaisset no estaba casado legalmente, lo que era cierto, no podía haber tenido hijos.

En cuanto á los dos socios hermanos, tuvieron como única recompensa el recuerdo de su noble acción.

(2) Vinoy «L'armistice et la Commune».

Del «Siclé» del 28 de mayo.

«El mariscal de Mac-Mahon ha cumplido con su promesa para Belleville. Toda la noche se ha tirado á bala roja; un gran número de casas arden» (1).

El incendio estallaba en todas partes; desde las alturas del Père Lachaise, los federados tiraban sobre los puntos amenazados. Era un espectáculo grandioso, inolvidable!

En la alcaldía de la XIª circunscripción, los que quedaban de la Comuna estaban en sesión permanente. Ferré, conservando su energía, su sangre fría, trataba de organizar lo que no era organizable; si la dirección había sido difícil, ahora era imposible.

La ola batía furiosa, era imposible ir en contra de ella. Reinaba una sobreexcitación febril, determinada por la batalla, la fatiga, el fin cercano y lo desconocido que encerraba; ya no se trataba de vencer, había que morir en el puesto de combate.

El viernes en compañía de Juan Fortan, por última vez en esas jornadas, puesto que debíamos encontrarnos solo diez años después, volviendo él de Nueva Caledonia, yo más afortunado del destierro, hablamos con un viejo luchador que había tomado parte en todas las revoluciones desde 1830, había visto Cayena, el Monte San Miguel, y permanecía fiel hasta el fin al único pensamiento de su vida: la emancipación del proletariado.

—¡Ah!, Vds. son jóvenes, nos dijo, si no los toman tal vez verán otra, pero yo he terminado, me paro aquí. Y mostraba la barricada vecina, donde en efecto encontró la misma muerte que Delescluze. Desapareció, modesto, miembro anónimo de la gran falange que había servido siempre con todas las fuerzas de su sér.

El sistema represivo, siempre el mismo, quiere destruir la idea matando al hombre; por eso recoge la historia en la lucha por la verdad y la justicia, el nombre de tantos heroes. ¿Quién recorda á sus verdugos? Nadie. Pero la idea permanece de pié, vibrante como la eterna protesta contra la infamia y la iniquidad.

Los versalleses desde que entraron en París organizaron la *masacre*, la exterminación, estableciendo por todas partes verdaderos mataderos en donde los hombre caían por millares; en el cuartel Leban, uno de los principales, los prisioneros llegaban ligados por las manos, de á dos;

(1) Pelletan. «La Semaine de Mai».

los enviaban del Châtelet, la célebre corte marcial presidida por el coronel Vabre.

«Los que han conocido el Hotel de Ville, en los últimos días del sitio, recuerdan al coronel Vabre como uno de los hombres que en la época de los prusianos, parecía más impaciente por castigar á los parisienses. Así fué condecorado al terminar el sitio. El mandaba cuando la vispera de la capitulación los soldados bretones barrieron la plaza á bala de fusil» (1).

Y para simplificar el procedimiento judicial, el coronel hacía pasar á su derecha á los que iban prisioneros á Versalles jalonando la ruta con cadáveres; á la izquierda los que estaban destinados al cuartel Leban. Ahí llegaban por grupos y apenas cerrada la puerta la caza comenzaba. Se les tiraba al vuelo, al azar y una vez caídos se recogían muertos y moribundos en montones. Y ahí en medio de los charcos de sangre, en esa escena infernal, un cura preparaba esos infelices para la muerte, pareciendo asegurar una vez más que la cruz sin dificultad puede encubrir el crimen más horrendo.

Cito del libro de M. Pelletan: «Lo más espantoso era el espectáculo de la torre Saint Jacques. Las rejas estaban cerradas, cuidadas por centinelas. Las ramas rotas pendían de los árboles y por todas partes grandes fosos cortaban el césped.

En medio de esos pozos húmedos, de tierra recientemente removida surgían cabezas, brazos, piernas, manos. Veíanse perfiles de cadáveres vestidos con el uniforme de la guardia nacional, era espantoso, un olor nauseabundo, fétido por instantes, emanaba de ese jardín».

En el Luxemburgo, en la Escuela Militar, en el Colegio de Francia, en el Parque Monceau, en el Colegio Rollen, en todos los sitios donde el local fuese apropiado, instalábase un tribunal donde venían á converger los prisioneros, que, debemos observarlo, no eran todos federados.

Belleville sobre todo fué devastado; casas, calles, barrios enteros estaban des poblados. La muerte, la muerte reinaba en todas partes. París no era más que un inmenso osario. No se podía matar más; fué necesario detenerse.

¡Y esto pasaba en Francia, en el siglo XIX! Los generales franceses que organizaron esos mataderos humanos, la turba de denunciantes que proveían los osarios,

(1) Pelletan, obra citada.

ciertamente merecieron el voto de aplauso y agradecimiento que, en una sesión memorable presidida por Grévy, la Asamblea de Versalles enviaba al ejército.

Los *rurales*, que Thiers representaba tan dignamente, habían una vez más salvado la sociedad, restablecido el orden, habían para siempre detenido la marcha ascensional de la humanidad; no se hablaría ya de cuestión social.

Y sin embargo desde el 71, el 18 de Marzo es el gran aniversario del proletariado universal, la cuestión social es más que nunca imperiosa, los rurales modernos la ven á pesar suyo, como realidad.

A pesar de la exterminación sistemática del pueblo; á pesar de las columnas de prisioneros conducidos á Versalles y de las cuales el marqués de Gallifet hacía salir los ancianos para ser fusilados en los primeros pretendiendo que debían haber participado en la revolución del 48; de las torturas que las mujeres sufrieron en la prisión del Chartier, por orden del infame Marceron; de los prisioneros aglomerados en todos los lugares accesibles, en el famoso patio de Satory en donde en la noche del 27 al 28 se ametrallaba á los miserables, á quienes se obligaba á quedar acostados en el fango bajo la lluvia que los inundaba; á pesar de los pontones repletos de prisioneros llevados á Londres ó desembarcados en cualquier punto de la costa inglesa en grupos de 30 ó 40, completamente desprovistos de todo, hasta que el gobierno inglés hizo cesar esta infamia; de la caza del hombre organizada en París, donde podían verse, largo tiempo después, los soldados paseándose en pareja, con la cartuchera repleta y el fusil al hombro, á disposición del primer denunciador encontrado, de las «trescientas setenta y nueve mil ochocientas veinte denunciaciiones» llegadas á la prefectura de policía, del 22 de mayo al 13 de junio; á pesar de la deportación en masa, del presidio de la isla Nou y de Cayena; á pesar de los 30,000 fusilados y de las ejecuciones de Satory, los *rurales* no han muerto la *Idea*, no han consolidado al *viejo mundo*.

ARMANDO MOREAU

Buenos Aires. Marzo 1909

Jeudi 30 Mars 1871

SOMMAIRE

PARTIE OFFICIELLE. — Constitution de la Commune de Paris. — Décrets concernant l'abolition de la conscription, les loyers de Paris, la suspension de la vente des objets au mouf-de-piété. — Organisation des commissions. — Décrets concernant les employés de divers services publics, et le service militaire de Paris. — Affiches municipales. — Arrêt interdisant les jeux de hasard.

PARTIE NON OFFICIELLE. — République et Commune. — Ouverture des négociations de Bruxelles. — Evacuation de complot d'Assisio. — Proclamation aux habitants du Puy-de-Dôme. — Arrestation Guisot. — Fédérations républicaines de la garde nationale. — Proclamation du Comité central aux délégués de Toulouse. — Faits divers. — Bourses et Marchés.

PARTIE OFFICIELLE

Paris, le 29 mars 1871

Le Comité central a remis ses pouvoirs à la Commune.

COMMUNE DE PARIS

CITOYENS.

Votre commune est constituée.

Le vote du 26 mars a sanctionné la Révolution victorieuse.

Un pouvoir lâchement agresseur vous avait pris à la gorge; vous avez, dans votre légitime défense, repoussé de vos murs ce gouvernement qui voulait vous déshonorer en vous imposant un roi.

Aujourd'hui, les criminels, que vous n'avez même pas voulu poursuivre, abusent de votre magnanimité pour organiser aux portes même de la cité un foyer de conspiration monarchique. Ils invoquent la guerre civile; ils mettent en œuvre toutes les corruptions; ils acceptent toutes les complicités; ils ont osé menacer jusqu'à l'appui de l'étranger.

Nous en appelons, de ces menées exécrables, au jugement de la France et du monde.

CITOYENS.

Vous venez de vous donner des institutions qui dément toutes les tentatives.

Vous êtes maîtres de vos destinées. Forts de votre appui, la représentation que vous venez d'établir va réparer les désastres causés par le pouvoir déchu: l'industrie compromise, le travail suspendu, les transactions commerciales paralysées vont recevoir une impulsion vigoureuse.

Dès aujourd'hui, la décision attendue sur les loyers;

Demain, celle des échéances;

Tous les services publics rétablis et simplifiés;

La garde nationale, désormais seule force armée de la cité, réorganisée sans délai,

Tels seront nos premiers actes.

L'Esprit du peuple ne lui demandent, pour assurer le triomphe de la République, que de les soutenir de leur confiance.

Quant à eux ils feront leur devoir.

Hôtel-de-Ville, 29 mars 1871.

La Commune de Paris.

La Commune de Paris décrète :

1^o La conscription est abolie;2^o Aucune force militaire, autre que la garde nationale, ne pourra être créée ou introduite dans Paris;3^o Tous les citoyens valides font partie de la garde nationale.

Hôtel-de-Ville, 29 mars 1871.

La Commune de Paris.

La commune de Paris,

Considérant que le travail, l'industrie et le commerce ont supporté toutes les charges de la guerre, qu'il est juste que la propriété fasse au pays sa part de sacrifices,

DÉCRET :

Art 1^{er}. Remise générale est faite aux locataires des termes d'octobre 1870, janvier et avril 1871.

JOURNAL OFFICIEL

DE LA

RÉPUBLIQUE FRANÇAISE

SOUS

LA COMMUNE

Jeudi 30 Mars 1871 (Suite)

Art. 2. Toutes les sommes payées par les locataires pendant les neuf mois seront imputables sur les termes à venir.

Art. 3. Il est fait également remise des sommes dues pour les locations en garni.

Art. 4. Tous les baux sont résiliables, à la volonté des locataires, pendant une durée de six mois, à partir du présent décret.

Art. 5. Tous congés donnés seront, sur la demande des locataires, prorogés de trois mois.

Hôtel-de-Ville, 29 mars 1871.

La Commune de Paris.

Nota. — Un décret spécial réglera la question des intérêts hypothécaires.

La Commune de Paris décrète

ARTICLE UNIQUE.

La vente des objets déposés au mouf-de-piété est suspendue.

Hôtel-de-Ville, 29 mars 1871.

La Commune de Paris.

ORGANISATION DES COMMISSIONS

Commission exécutive.

Les citoyens : Eudes, — Tridon, — Vaillant, — Lefrançais, — Duval, — Félix Pyat, — Bergeret.

13

Commission des finances.

Les citoyens : Victor Clément, — Varin, — Jourde, — Beslay, — Régère.

Commission militaire.

Les citoyens : Pindy, — Eudes, — Bergeret, — Duval, — Chardon, — Flourens, — Ranvier.

Commission de la justice.

Les citoyens : Ranc, — Protot, — Léo Melliet, — Vermorel, — Ledroit, — Babick.

Commission de sûreté générale.

Les citoyens : Raoul Rigault, — Ferré, — Assy, — Cournot, — Oudet, — Chalain, — Gérardin.

Commission des subsistances

Les citoyens : Dereure, — Champy, — Ostyn, — Clément, — Parizel, — Emile Clément, — Fortané Henry.

Commission du travail. — Industrie et échange

Les citoyens : Malon, — Frankel, — Theisz, — Dupont, — Arrial, Loiseau-Pinson, — Eug. Gérardin, — Puget

Commission des relations extérieures.

Les citoyens : Descluze, — Ranc, — Paschal Grousset, — Ulysse Parent, — Arthur Arnaud, — Ch. Girardin.

Commission des services publics

Les citoyens : Ostyn, — Billoray, — Clément (J.-B.), — Mardélet, — Mortier, — Rastoul.

Commission de l'enseignement.

Les citoyens : Jules Vallés, — Docteur Goupil, —

13

Mercredi 24 mai 1871

SOMMAIRE

PARTIE OFFICIELLE — Proclamation de la Commune au peuple de Paris et aux soldats de Versailles — Autres proclamations du Comité de Salut public et du Comité central à Versailles. — Ordre de délégués à la guerre. — Remboursement voté par les juges de la Garde nationale

PARTIE NON OFFICIELLE — Bulletin communal — Proclamations du Comité central — Des franc-maçons de tous les rites et de la Fédération républicaine de la Garde nationale — Rapport militaire — L'association internationale des travailleurs — Faits divers.

PARTIE OFFICIELLE

Paris, le 23 mai

LE PEUPLE DE PARIS

AUX SOLDATS DE VERSAILLES

Frères,

L'heure du grand combat des Peuples contre leurs oppresseurs est arrivée!

N'abandonnez pas la cause des Travailleurs!

Faites comme vos frères du 18 mars!

Venez-vous au Peuple, dont vous faites partie!

Laissez les aristocrates les privilèges, les bourgeois de l'humanité se défendre eux-mêmes, et le règne de la justice sera facile à établir

Quittez vos rangs!

Entrez dans nos demeures

Venez à nous, au milieu de nos familles

Vous serez accueillis fraternellement et avec joie

Le Peuple de Paris a confiance en votre patriotisme

VIVE LA RÉPUBLIQUE!

VIVE LA COMMUNE!

3 prairial au 70

LA COMMUNE DE PARIS

Que tous les bons citoyens se lèvent!

Aux barricades! L'ennemi est dans nos murs!

Pas d'hésitations!

En avant pour la République, pour la Commune et pour la Liberté!

AUX ARMES!

Paris, le 3 prairial au 70

Le Comité de Salut public:

ANT. ARNAUD, MILLIOLAY, RICHÉ,

P. GAMBON, G. RANVIER.

Diario Oficial

DE LA REPÚBLICA FRANCESA BAJO LA COMUNA

Jueves 30 de Marzo, 1871.

Sumario: Parte oficial.—Constitución de la Comuna de París.—Decretos concernientes a la abolición de la conscripción, los alquileres de París, la suspensión de la venta de objetos en el Monte de Piedad.—Organización de las Comisiones.—Decretos concernientes a los empleados de diversos servicios públicos y al servicio militar de París.—Avisos municipales.—Decreto prohibiendo los juegos de azar.

Parte no oficial.—República y Comuna.—Apertura de las negociaciones de Bruselas.—Evacuación de la factoría de Assime.—Proclamación a los habitantes del Puy-de-Dôme.—Arresto de Guisasola.—Federación republicana de la guardia nacional.—Proclamación del Comité central a los delegados de Tolosa.—Hechos diversos.—Bolsa y Mercados.

Parte oficial.—París, 29 de Marzo de 1871.—El Comité Central ha remitido sus poderes a la Comuna:

COMUNA DE PARÍS

Ciudadanos:

Vuestra Comuna está constituida. El voto del 26 de Marzo ha sancionado la Revolución victoriosa. Un poder cobardemente agresor os amenaza: en vuestra legítima defensa habéis rechazado de vuestras manos ese gobierno que quería deshonrarnos imponiéndonos un rey. Hoy día, los criminales que vosotros no habéis querido perseguir, abusan de vuestra magnanimidad para organizar a las puertas mismas de la ciudad un centro de conspiración monárquica. Ellos invocan la guerra civil: ponen en juego todas las corrupciones; aceptan todas las complicidades; han osado mendigar hasta el apoyo del extranjero. Apeiamos de esta conducta execrable al juicio de la Francia y del mundo.

Ciudadanos:

Acabais de daros instituciones que desafían todas las tentativas. Sois dueños de nuestros destinos, ruerte con nuestro apoyo, la representación que acabais de establecer reparará los desastres causados por el poder caído: la industria comprometida, el trabajo suspendido, las transacciones comerciales paralizadas van a recibir un impulso vigoroso. Desde hoy, la decisión esperada sobre los alquileres: mañanas la de los vencimientos: todos los servicios públicos restablecidos y simplificados; la guardia nacional, en adelante, única fuerza armada de la ciudad, reorganizada sin demora, tales serán nuestros primeros actos.

Los elegidos del pueblo no le piden, para asegurar el triunfo de la República, sino que los sostengan con su confianza.

En cuanto a ellos cumplirán su deber.

Hôtel-de-Ville, 29 de Marzo de 1871.

La Comuna de Paris.

La Comuna de Paris, decreta:

1.º La conscripción queda abolida; 2.º Ninguna fuerza militar, distinta de la guardia nacional, podrá ser creada ó introducida en París; 3.º Todos los ciudadanos válidos forman parte de la guardia nacional.

Hôtel-de-Ville, 29 de Marzo de 1871.

La Comuna de Paris

La Comuna de Paris:

Considerando que el trabajo, la industria y el comercio han soportado las cargas de la guerra; que es justo que la propiedad haga al país su parte de sacrificios, decreta: Art. 1.º Se hace remisión general a los locatarios de los términos de Octubre de 1870, Enero y Abril de 1871.

Art. 2.º Todas las sumas pagadas por los locatarios durante los nueve meses serán imputables a los plazos futuros.

Art. 3.º Quedan igualmente remitidas las sumas debidas por las locaciones amuebladas.

Art. 4.º Todos los arrendamientos son rescindibles, a voluntad de los locatarios, durante un término de seis meses, a contar desde el presente decreto.

Art. 5.º Todos los plazos serán prorrogados por tres meses, a petición de los locatarios.

Hôtel-de-Ville, 29 de Marzo de 1871.

La Comuna de Paris.

Nota.—Un decreto especial reglamentará la cuestión de los intereses hipotecarios.

La Comuna de Paris, decreta:

ARTÍCULO ÚNICO

La venta de los objetos depositados en el monte de piedad queda suspendida.

Hôtel-de-Ville, 29 de Marzo de 1871.

La Comuna de Paris

ORGANIZACIÓN DE COMISIONES

Comisión ejecutiva

Los ciudadanos: Eudes, Tridon, Vaillant, Lefrançais, Duval, Félix Pyat, Bergeret.

Comisión de finanzas

Los ciudadanos: Víctor Clément Varlin, Jourde, Beslay, Regere.

Comisión militar

Los ciudadanos: Pindy, Eudes, Bergeret, Duval, Chardon, Flourens, Ranvier.

Comisión de justicia

Los ciudadanos: Rane, Protot, Léo Mellet, Vermorel, Ledroit, Babick.

Comisión de seguridad general

Los ciudadanos: Raoul Rigault, Ferre, Assy, Counet, Oudet, Chalaín, Gérardin.

Comisión de subsistencia

Los ciudadanos: Dereure, Champy, Ostyn, Clement, Parisel, Emile Clement, Fortuné Henry.

Comisión de trabajo, industria y cambio

Los ciudadanos: Malon, Frankel, Theiz, Duponl, Avial Loiseau, Pinson, Eug Gérardin, Puget.

Comisión de relaciones exteriores

Los ciudadanos: Delescluze, Ranc, Paschal Grousset, Ulysse Parent, Arthur Arnaud, Ch Girardin.

Comisión de servicios públicos

Los ciudadanos: Ostyn, Billoray, Clement (J. B.), Mardet, Mortier, Rastoul.

Comisión de enseñanza

Los ciudadanos: Jules Valles, Doctor Goupil.

Miércoles, 24 de Mayo de 1871.

SUMARIO.—*Parte oficial.*—Proclama de la Comuna al pueblo de París y á los soldados de Versalles.—Otras proclamas del Comité de Salud Pública y del Comité Central á Versalles.—Orden del delegado de la guerra.—Reembolsos hechos por los pagadores de la guardia nacional.

Parte no oficial.—Boletín Comunal.—Proclamas del Comité Central.—De los masones de todos los ritos y de la federación republicana de la guardia nacional.—Informe militar.—La Asociación Internacional de los Trabajadores.—Hechos diversos.

PARTE OFICIAL

París, 23 de Mayo.

El Pueblo de París á los soldados de Versalles.

Hermanos:

La hora del gran combate de los Pueblos contra sus opresores ha llegado! No abandonéis la causa de los Trabajadores! Portaos como vuestros hermanos del 18 de Marzo! Uníos al pueblo, del cual formais parte; Dejad á los aristócratas, á los privilegiados, á los verdugos de la humanidad defenderse á si mismos, y el reino de la justicia será más fácil de establecer. Abandonad las filas! Entrad en nuestros hogares. Venid con

nosotros, en medio de nuestras familias. Seréis acogidos fraternalmente y con placer. El pueblo de París tiene confianza en vuestro patriotismo. 3 de prairial, año 79.

La Comuna de París.

Levántense todos los buenos ciudadanos! A las barricadas! El enemigo está en nuestros muros! Nada de vacilaciones! Adelante por la República, por la Comuna y por la Libertad.

¡A las armas!

París, 3 de prairial, año 79.

El Comité de Salud Pública: Antonio Arnaud, Billoray, Eudes, P Gambon, G. Ranvier.

Traducción de *Maria L. Curutchet.*

La Comuna y la Educación

Cuando hojeamos la historia de la Comuna y tratamos de reconstruir mentalmente esa commoción gigantesca, experimentamos la impresión sentida ante algunos de los grandes espectáculos de la naturaleza, una sensación de disminución de nuestra personalidad, como si no fuésemos nada, una gota que el torrente arrastra; parécenos sentir lo que la hoja envuelta por el viento y arrastrada sin saber donde; es la impresión de algo más fuerte, más poderoso que debe dominar, absorber al individuo. I fácilmente creeríamos que los actores de ese negro drama, ellos los que sufrieron la borrasca, deben haberla experimentado á su vez. Pero observamos, estudiamos los actos de su vida diaria y parécenos entonces verlos fuertes, serenos, grandiosos, una estoica sonrisa en los labios, dando toda su energía, seguros sin embargo de la derrota, seguros también de que sus actos no pueden ser estériles.

En efecto debían quedar serenos y fuertes ante la muerte inminente para poder pensar en medio de la eferescencia general en la organización de la enseñanza; y al recorrer el *Diario oficial de la Comuna* vuelven como preocupación imperiosa, las resoluciones respecto de las escuelas, de las bibliotecas y museos, junto con los decretos referentes á la organización de los medios de defensa, publicanse las actas de sesiones de la Academia de ciencias y sentimos pasar por esas páginas el espíritu de esos nobles hombres, forzados por los hechos á la acción violenta, pero guardando siempre pura su confianza en la ciencia y en la razón.

Esos hombres, que algunos historiadores desprovistos de conciencia, han calificado de la manera mas dura é injusta, para los cuales no ha habido término que estigmatizara suficientemente, preocupabanse constantemente de ese

problema fundamental: la educación popular. No querían ver la muerte cercana, sabían en el porvenir.

El 11 de marzo un grupo de miembros de la Comuna invitaba á las familias de la IV circunscripción á mandar sus hijos á la escuela y les decía: «La suma de conocimientos humanos es un fondo común al cual cada generación tiene derecho, con tal de aumentar el capital científico acumulado en edades anteriores para beneficio de las generaciones venideras.

«La instrucción es, pues, un derecho absoluto para el niño y su repartición un deber imperioso para la familia ó en su defecto, para el Estado».

Los sentimientos altruistas no eran su única guía. ¿Quiérese un espíritu más amplio, más sereno y ecuánime que el que dictó las siguientes líneas?

«La escuela es un terreno neutro en el cual todos los que aspiran á la ciencia deben encontrarse y armonizar. Sobre todo en la escuela urge enseñar al niño que todo concepto filosófico debe sufrir el exámen de la razón y del saber. La Comuna no pretende herir ninguna fé religiosa, pero tiene el deber estricto de cuidar de que el niño no pueda ser oprimido por afirmaciones que su ignorancia no le permite controlar ni aceptar libremente».

Y después de asegurar que la enseñanza será puramente laica, fijan el siguiente programa: enseñar al niño á amar y respetar á sus semejantes, inspirarle el amor de la justicia, enseñarle que debe instruirse para el bien y el interés de todos; tales son los principios morales sobre los cuales descansará desde ahora.

Casi en cada una de las páginas del *Diario oficial* que citamos, encontramos decretos referentes á la organización de la enseñanza. Aviso á las familias de las escuelas abiertas, de las condiciones de la inscripción, encuestas sobre el personal y el funcionamiento de las escuelas, fundación del Orfanato de la Guardia Nacional (20 de abril 1871); pedido de la acción común para la realización de esa gran obra. No solo dirigieron su acción hácia la enseñanza primaria y la secundaria, hay una evidente preocupación para la enseñanza profesional. El 18 de mayo, Vaillant, miembro de la Comuna, delegado para la enseñanza, pedía á todas las municipalidades que le enviaran las indicaciones necesarias respecto de los locales y establecimientos apropiados para la instalación de escuelas profesionales donde los alumnos al mismo tiempo que aprendan un oficio, puedan completar su instrucción científica y literaria. Él decía: «*La Revolución comunal*

debe afirmar su carácter esencialmente socialista por una reforma de la enseñanza que asegurando á cada uno la base de la igualdad social, la instrucción integral á la cual todos tienen derecho les facilite el aprendizaje y el ejercicio de la profesión hacia la cual lo inclinan sus gustos y aptitudes.

Las mujeres también colaboraron en esa obra. Esas valientes mujeres, dignas continuadoras de las que un día fueron á Versalles en busca del *panadero y la panadera* porque sus hijos no tenían pan; ellas, tan insultadas por la historia bienpensante, de las cuales Dumas hijo decía con cinismo: «que no podía llamarlas sino hembras por respeto á las mujeres á las cuales se parecen cuando muertas» (1); ellas formaron una asociación, *La educación nueva*, y el 1º de Abril presentaban una solicitud á la Comuna en la que pedían que la enseñanza fuese absolutamente laica, y la educación religiosa á cargo únicamente de la familia, que todos los objeto del culto fuesen suprimidos de la escuela; que solo fuese empleado el método científico y experimental; que toda cuestión religiosa fuese suprimida de los exámenes y las corporaciones religiosas de enseñanza no pudiesen existir como establecimientos privados ó públicos.

Fundaban su pedido con argumentos que raras veces hemos visto en boca de nuestras educacionistas, aún de las más distinguidas. «La cuestión de la educación, que no excluye ninguna otra, es la cuestión madre que abarca y domina todas las cuestiones políticas y sociales y sin cuya solución jamás se tendrán reformas serias y duraderas».

Frase sencilla y clara, expone la trascendencia del problema en forma tal, que muy pocos, aun hoy, pueden concebirla.

Y se siente el soplo del gran sentimiento que dominó, arrastró y exaltó á todos esos seres, el amor á la humanidad.

Nada de lo que hace feliz la humanidad les fué ajeno; quisieron fomentar, apoyar las manifestaciones artísticas y científicas; ninguna delicadeza quedóles ignorada. La obra no pudo subsistir, fué un gesto apenas esbozado pero ha quedado para el mundo entero algo muy grande: el ejemplo.

ALICIA MOREAU.

(1) Citado por Pelletan, «La semaine de Mai».

La Comuna

Los escritores republicanos reconocen, más ó menos explícitamente, que la *Comuna* salvó la república en Francia. La mayoría monárquica de la Asamblea de Burdeos comprendió que la represión no había sido tolerada en Francia sino en nombre de la república. Durante la crisis de la *Comuna*, Thiers debió comprender las dificultades inherentes á la ejecución del «paso de Burdeos». Sus declaraciones republicanas se hicieron insistentes, monótonas y sistemáticas. Por otra parte, el éxito de las operaciones militares, conducidas bajo su inmediata inspiración, hicieronle concebir la posibilidad de una especie de segundo Protectorado á lo Cronwell. La mayoría monárquica y el gobierno llegaron á ser más prudentes; la primera postergó sin fecha la restauración, el segundo asumió á lo serio el partido de defensor de la república.

Pero de mayor importancia para la historia del socialismo francés, que conocimos patriota, nacionalista, inclinado á la utopía, favorable á los acuerdos con los partidos democráticos, aparecía totalmente transformado con la gran lección de la *Comuna*. Dos años después de la catástrofe de la *Comuna*, el grupo más autorizado de los blanquistas prófugos fechaba en Londres un manifiesto en el cual aceptábanse plenamente los puntos de vista del «Manifiesto de los comunistas». La *Comuna* de París había sido el gran crisol donde se purificó el socialismo francés. Desde entonces él apareció internacionalista y plenamente animado del espíritu de clase.

La historia parece confirmar constantemente la experiencia de que el sentimiento de clase no se desarrolla sino bajo la influencia de un acontecimiento democrático que ponga de relieve las antítesis sociales y las grabe en la conciencia con la eficacia de la emoción estética. El martirio y la persecución dan una evidencia plástica al sentimiento más ó menos oscuro de las distinciones de clase y abren el camino para una acción fundada sobre este sentimiento.

En la recientísima historia del socialismo europeo, la clase trabajadora francesa ha dado siempre el ejemplo de una política fundada sobre la abierta hostilidad de clases. Para los proletarios de París, el estandarte rojo no es ornamento pictórico de demostraciones públicas, sino fúlgido recuerdo de un martirio realmente soportado. La *Comuna* de París mostró el feroz egoísmo de las

clases burguesas, la insuperable crueldad del Estado de clase, la iniquidad de las leyes, la cobardía de la democracia, la separación de dos mundos—del mundo del trabajo y del mundo capitalista,—como en un cuadro. El proletariado francés tiene aquella neta visión en el alma y no podrá jamás desmentirla. El sentimiento revolucionario del socialismo francés es la verdadera herencia de la *Comuna* de París.

ARTURO LABRIOLA

(De *La Comuna di Parigi*)

Las mujeres de la Comuna

Como formas de ensueño pasan los batallones de la *Comuna*, fieros con su libre paso de rebeldes; los «aventuradores» de Flourens, los «zuavos» de la *Comuna*, los iluminados federados semejantes á las guerrillas españolas, dispuestos á empresas audaces. Los hijos perdidos saltaban hacia adelante de trinchera en trinchera.

Pasan los «turcos» de la *Comuna*, los «dascards» de Montmartre con Gensole y otros más.

Todos estos valientes de tierno corazón que Versailles llamaba «bandidos», cuya ceniza fué esparcida á todos los vientos, cuyos huesos fueron mordidos por la cal viva, son la *Comuna*, son el espectro de Mayo!

Los ejércitos de la *Comuna* contaron también con mujeres, cantineras, encargadas de las ambulancias, soldados; ellas estaban con los otros. Sólo algunas han sido conocidas: Lachaise, la cantinera del 66º regimiento; Victorina Ronchy, de los «turcos» de la *Comuna*, la cantinera de los «hijos perdidos»; las encargadas de las ambulancias de la *Comuna*: Mariani, Dauguet, Fernández, Malvina Poulain, Cartier. Las mujeres de los comités de vigilancia: Boisier, Excoffons, Blin. Las de la «Corderie» y de las escuelas: Lemel, Dmitrieff, Leloup. Aquéllas que organizan la instrucción esperando la lucha de París en que fueron heroínas: las señoras Andrea Léon, Jaclar, Périer, Réclus, Sapia. Todas pueden contar con el ejército de la *Comuna* y ellas también son legión.

El 17 de mayo, habiendo sido cercado el fuerte de Vanves, los versalleses tiraban desde Bagueux entre las dos barricadas. En Neuilly había habido la noche del

16, un violento combate de artillería; pero de Saint-Ouen al Point-du-Jour en Bercy, y del Point-du-Jour á Bercy estaban los dos cuerpos de ejército de la *Comuna*.

La puerta Maillot se mantenía siempre, Dombrowski igualmente. Los miembros de la *Comuna* Pascual Grousset, Ferré, Dreseure, Ranvier, venían á menudo, tan bravos que se les perdonaba su temeraria generosidad.

El ejército de la *Comuna* era tan poco numeroso que las mismas personas se encontraban siempre. ¡Qué importa! Esto duraba así. A pesar de los cuidados de la *Comuna*, había todavía miserias terribles. En varios sitios, entre otros en la calle Pergolese, había niños que recogían utensilios y los vendían por algunos sueldos á los extranjeros: abandonados los unos, ignoraban que podían ser recogidos por la *Comuna*; los otros lo hacían para ayudar á su casa. Había pequeñuelos con las cejas y con las manos quemadas; no se sabía cómo no les ocurría algo peor. Iban por momentos á recrearse al teatro Guignol, que funcionó hasta Mayo en la avenida de la Estrella; una mujer los condujo al Hotel-de-Ville.

Hasta entonces el ejército de la *Comuna* había sido el ejército de la libertad; ahora iba á ser el ejército de la desesperación.

LUISA MICHÉL.

(De *La Commune*)



Blanqui

Es nombrado el 28 de Marzo miembro de la Comuna de París en las circunscripciones XVIII y XX, en Belleville y en Ménilmontant, al mismo tiempo que sus amigos Tridon, Eudes, Vaillant, Ranc y otros que de cerca ó de lejos, habíanse mezclado á su política. Además otros más que conocía poco, algunos de quienes se separó, pero todos comprendidos bajo la denominación de blanquitas; Rigault, Duval, Ranvier, Ferré, Protot, Vallés, Grousset, Cournet, Montier. Después Flourens, Vermorel, Delescluze, Pyat. Luego representantes de la Internacional: Varlin, Theriz, Malon, Beslay, Lefrançais.

Grousset y Mortier, desde la primera sesión, Rigault en la segunda, reclaman la presidencia honoraria de Blanqui. La idea de salvar á Blanqui fué formulada por Tridon, que el 27 de Marzo manda á Flotte á París.

El buen Flotte vá el mismo á Versalles para entregar á Thiers dos cartas, del arzobispo y del cura de la Magdalena. Thiers se rehusa á creer la vida del arzobispo en peligro; interroga á Flotte sobre la razón de sus temores. Este dice: «el triple asesinato de Duval y sus dos tenientes por el general Vinoy y el de ochenta y cuatro guardias nacionales por órden del general de Galliffet». Thiers cambia de conversación, promete presentar la petición al Consejo y apoyarla, afirma que su influencia es limitada. añade: «No conozco á Blanqui. Se le supone muy inteligente y muy peligroso, pertenece al partido extremo de la Revolución».

Al día siguiente 14, segunda entrevista á la misma hora. Flotte la resume así: «al entrar me dice que el cambio no era posible, que entregar Blanqui á la insurrección, era enviarle una fuerza igual á un cuerpo de ejército». Observó á Thiers que si quería consentir en entregar á Blanqui, la Comuna entregaría todos los rehenes. Thiers se rehusó. De vuelta en París, en la prisión de Mazas, Flotte dió cuenta de su negociación, y el abate Deguerry dijo, y el arzobispo aprobó: «Ese hombre (Thiers) no tiene corazón».

GUSTAVO GEFFROY

(De «L'Enfermé»)

Tendencias de la Comuna

Las palabras eran comprendidas de dos modos diferentes por los diversos miembros de la Asamblea. Para los unos, la Asamblea de París expresaba, personificaba la primera aplicación del principio antigubernamental, la guerra á las viejas concepciones del estado unitario, centralizador, despótico. La *Comuna*, por este mismo, representaba el triunfo del principio de autonomía, de los grupos libremente federados y del gobierno más directamente posible del pueblo por el pueblo. A sus ojos, la *Comuna* era la primera etapa de una vasta Revolución social tanto como política que debía hacer tabla rasa de los antiguos procedimientos. Era la negación absoluta de la idea de dictadura; era el advenimiento del Pueblo mismo al poder y, por consiguiente, el aniquilamiento de todo poder colocado fuera y por encima del Pueblo. Los hombres que sentían, que pensaban, que querían así, formaban lo que se llamó más tarde el grupo socialista ó minoría.

Para otros, la *Comuna* de París era, al contrario, la continuación de la antigua Comuna de París de 1793. Representaba á sus ojos la dictadura en nombre del Pueblo, una concentración enorme del poder en algunas manos y la destrucción de las antiguas instituciones por la sustitución, desde luego, de hombres nuevos á la cabeza de estas instituciones transformadas momentáneamente en armas de guerra al servicio del Pueblo contra los enemigos del Pueblo.

ARTURO ARNOULD

(De la «Histoire populaire et parlementaire de la Commune de Paris.»)

La Comuna Socialista

La *Comuna*, como toda Revolución, no se desarrolló según un esquema doctrinario preconcebido, sobre una especie de plan ideal, en el vacío de la abstracción. Chocante, caótico, en movimiento como la vida misma y como las circunstancias extraordinarias en que nació, se ofrece al espectador con las características más diversas y á veces más extrañas. Patriota, republicana, comunista, fué ciertamente todas estas cosas y otras más. Pero ante todo y sobre todo, fué proletaria, por lo tanto socialista, porque el proletariado en movimiento no puede obrar

y combatir sinó por un fin socialista. Fué—y esto es lo que la conciencia popular ha visto y sentido bien, lo que solo ha sentido y visto—una insurrección obrera que puso en pié á los explotados contra los explotadores, desde luego por la custodia de sus armas que se les quería arrancar, por su emancipación después. Fué en su esencia, fué en su fondo la primera gran batalla librada por el Trabajo contra el Capital. I es precisamente porque ella fué esto ante todo, de un republicanismo que no era sinó un socialismo que se ignoraba y que iba hasta á amenazar las bases mismas del viejo orden social y á evocar un orden nuevo, que fué vencida y que vencida fué derrotada.

LUIS DUBREUILH.

De la «Histoire Socialiste. La Commune» (1871)

Diario de la Comuna

París, 2^o de Marzo de 1871.

Sea lo que sea hay que votar. Suceda lo que suceda es necesario seguir al Comité Central. El sufragio universal de París está dividido en tres: diputación y municipalidad en contra de la guardia nacional; debemos estar con la última. Sin duda la legalidad está más bien con los alcaldes y la diputación, pero estos están del lado del gobierno de Mr. Thiers al cual molesta poco la legalidad; hace y deshace las leyes á su gusto pues él se coloca por encima de ellas y prepara en la sombra sus golpes de estado. ¿Y qué significa esa palabra—legalidad—en tiempos de revolución?

Todo lo que hoy se hace será ilegal mañana y si hubiéramos de volver á la estricta legalidad instalaríamos á Napoleón en las Tullerías, á menos que prefiriésemos reinstalar en ellas á un príncipe de Orléans ó bien á un rey de la casa de Borbón, ó hasta á la misma Constitución del 92. Sea así y volvamos á los tiempos del año I de la República Francesa. Aquí la legalidad es contraria á la ley; es la letra la que mata.

Pero la ley republicana quiere que en todas las grandes circunstancias y sobre todo en los acontecimientos imprevistos se haga un llamado al pueblo. Este es el momento más que nunca. El comité pide ese llamado á M. Thiers, la Asamblea de Versalles, los alcaldes y diputados se oponen. ¡Peor para ellos!

La inmensa dificultad práctica era esta: la votación incumbe á las municipalidades y no á la guardia nacional, corresponde á los alcaldes convocar á los electores, es en las alcaldías donde quedan depositados los registros electorales sin los cuales no hay control posible. Pero elecciones sin contralor, sería realmente demasiado fácil criticarlas y por lo tanto invalidarlas....

Sin embargo la mayoría de las alcaldías están en manos del Comité Central. A pesar de gritos y clamores varias han sido ocupadas por los batallones de guardias nacionales que en el acto han instalado nuevos alcaldes con sus tenientes y que deben actuar oficialmente durante las elecciones. Esto no es legal, pero responde á la verdad, á las necesidades de la situación.... No quedan sino dos ó tres alcaldías ocupadas aun por batallones burgueses con sus fusiles y ametralladoras; parecen dispuestos á usarlas.

¿Será necesario para preludiar al voto hacer que los ciudadanos se degüellen mutuamente, abrir la discusión entre bayonetas, hacer que fusiles y ametralladoras respondan á fusiles y ametralladoras? ¡Ah no, mil veces no! ¡Qué no se inaugure la espantosa guerra civil! Puesto que podemos votar en diez y siete de las veinte alcaldías, podemos en rigor descuidar las otras tres. Diez y siete electores convocados, de veinte que debían ser, pueden pronunciar un veredicto válido y suficiente con tal que lo sea con buena mayoría, sin presión de ninguna clase, con una libertad manifiesta.

No la pedíamos, no hubieramos osado desearla. La felicidad ha venido á sorprendernos. Nos habíamos resuelto á seguir adelante, de cualquier modo; resolución desesperada puesto que implicaba necesidades terribles. Aceptando la fatalidad de la situación—fatalidad, eafemismo que expresa la suma de imprevisiones, de faltas y crímenes de que se hace culpable la nación francesa desgarrada en bandos enemigos—íbamos á jugar la existencia de la República como con los dados, cuando por una suerte feliz, á la cual por cierto no estamos habituados, uno de los tres actores del terrible drama que iba a estallar se ha dejado iluminar por el buen sentido, por la humanidad. En un momento las municipalidades han aceptado las elecciones proclamadas por el Comité Central. Votaremos en los veinte distritos sin que se dispare un fusil.

Al pasar por la calle Richelieu oigo unos gritos formidables de «Viva la República!» Todos se apretaban las

manos, se abrazaban y parecía un deber ocultar las horrendas ametralladoras.

Los miembros del Comité Central cambiaban fraternalmente sus espadas, sus fajas y cinturones con los alcaldes y tenientes. Los alcaldes de París han hecho comprender á los diputados de París que era necesario escuchar al pueblo y para dar término á la situación anormal de la gran ciudad; situación que no era sino la consecuencia del golpe de estado imaginado por el poder legal.

Mañana, ante las urnas, realizaremos un acto de concórdia y de civismo.

Como después de una dolorosa enfermedad renacemos á la alegría, á la salud moral, sentimos la alegría de vivir en ese gran drama que arrastra en su vasto torbellino nuestras ínfimas y mezquinas influencias.

Durante la noche cien mil almas se apiñaban en los bulevares. Todos los rostros reflejaban el placer, los ojos sonreían, las voces eran suaves y amigas. Nos amábamos todos, éramos felices.

Por el acto de la Federación se ha fundado la primera república por un acto semejante será fundada la república de 1871.

Paris, 27 Marzo 1871.

Hemos tenido nuestras elecciones, sí, las hemos tenido.

El Comité Central, nacido del azar, benévolo esta vez, cede el lugar á la Comuna de París, á la Comuna de largo tiempo esperada, á la Comuna que tiene sus orígenes y es, por tanto, legal.

Doscientos cincuenta mil sufragios, muchos más que los que tuvieron los alcaldes y sus tenientes nombrados bajo el imperio del plebiscito Fabre-Trochu; doscientos cincuenta mil electores acaban de pronunciarse en contra del golpe de Estado monárquico. París quiere la República; á pesar de los realistas comprados, quiere que se cumpla el programa de la Revolución.

Desde entonces la nueva revolución francesa tiene vida y cuerpo, tiene una existencia civil. Nacida el 18 de Marzo, antes de término, por accidente—un mal golpe del malvado Thiers,—la Revolución estaba ahí, yacía en el suelo... ¿Debía vivir? Ayer el pueblo de París, su padre legítimo, la tomó en sus brazos, la enseñó al mundo, la reconoció según los ritos y fórmulas de la adopción legal: he aquí á mi hija.

¿Vivirá esta hijita?

¡Quién lo sabe! Es hija de nuestros dolores. ¡Cuánto sufrimiento, cuántas angustias nos ha costado! ¡Para darla á luz, qué suplicio! Ha sido concebida con nuestras lágrimas retenidas, con nuestros sollozos comprimidos, con nuestra amarga hiel sentida en las noches de insomnio febril, en los días de penosa espera. Ha nacido en la sangre y en el lodo, en el fango en donde la Francia fué derribada, arrastrada por los infames de Sedan, los cobardes de París; ha sido regada por la sangre que gotea de nuestras heridas...

Pero has nacido, en fin; pero vives. ¿Vivirás? Lo creo.

Si vives, si justificas nuestras esperanzas, si eres la hija de nuestros deseos y de nuestro amor, no sentiremos nada, nos alegraremos por los dolores y las penas que nos has costado y que devolverás al mundo en felicidad y alegría. Si eres lo que creemos, eres la era nueva de la República de los Estados Unidos del Mundo, la Comuna Universal.

¡Oh, vive, hija querida, esperanza de los héroes y de los mártires, anhelo de las generaciones!

ELÍAS RECLUS

(De «La Commune au jour le jour»)

Traducción de LUISA M. CHAMPION.



Los Trabajadores y la Comuna

Los trabajadores no esperaban milagros de la Comuna. No tienen utopías preparadas para introducirlas á nombre del pueblo. Saben bien que para realizar su propia emancipación y, al mismo tiempo, la forma más noble hacia la cual se dirige la sociedad actual por sus propias fuerzas económicas, deberán atravesar largas luchas y toda una serie de progresos históricos, que transformarán las circunstancias y los hombres. No tienen que realizar un ideal, sino que deben desprender los elementos de la nueva sociedad que la misma sociedad burguesa lleva en sus flancos. Con la conciencia plena y entera de su misión histórica, y con la resolución heroica de cumplirla, los trabajadores pueden reirse de las groseras invectivas de las «gentes de pluma» al servicio de la «gente de mundo», y de la protección pedantesca de benevolentes burgueses doctrinarios, declamando sus banalidades de ignorantes y sus consejas de sectarios sobre un tono dogmático, como si fuesen los oráculos infalibles de la ciencia.

Cuando la Comuna de París tomó en sus propias manos la dirección de la revolución; cuando simples obreros tuvieron la osadía, por primera vez, de usurpar el privilegio gubernamental de sus «superiores naturales»; cuando en las circunstancias más difíciles, cumplieron su obra modesta, consciente y eficazmente, y por salarios de los cuales el más elevado igualaba apenas al quinto de la suma que una gran autoridad científica ha fijado como *mínimum* que se puede ofrecer al secretario de cierto consejo de dirección de escuelas en Londres (1), el viejo mundo se revolvía de rabia á la vista de la bandera roja, símbolo de la república del trabajo, que flotaba sobre el Hotel de Ville.

El París de los obreros de 1871, el París de la Comuna será célebre para siempre jamás como precursor de una sociedad nueva. La memoria de sus mártires vivirá, como en un santuario, en el corazón grande de la clase obrera. La historia ha clavado en un pilori eterno á sus exterminadores y todos los rezos de sus curas no alcanzarán á rescatarlos.

CARLOS MARX

(De «La Commune de Paris»)

(1) Marx hace aquí alusión al «School Board» de Londres, y la gran autoridad científica de que habla era el célebre fisiólogo Huxley, que formaba parte de él.

Proudhon

La Comuna de París, en cuanto fué socialista, ha sido proudhoniana. Casi todos los miembros de la Comuna que eran socialistas, ó habían defendido en la *Internacional* contra Marx, el socialismo no colectivista que tenía su fundamento en la crítica y en la doctrina de Proudhon: tal, entre otros, Bindy; ó bien eran discípulos ó amigos de Proudhon. Carlos Beslay era el íntimo amigo de Proudhon; había adoptado todas sus ideas económicas y políticas; soñaba que la Comuna fuese la iniciadora pacífica de la reforma social. «La República de 1871—decía en su discurso al abrir las sesiones de la Comuna, es un trabajador que tiene sobre todo necesidad de libertad para fecundar la paz». Miembro de la Comisión de Finanzas, presentó un proyecto de Banco de descuentos inspirado por las ideas de Proudhon. Courbet era también amigo de Proudhon; invocaba esta amistad en su profesión de fé á sus electores: «Siempre me he ocupado de la cuestión social y de los filósofos que á ella se refieren, marchando en este camino paralelamente á mi camarada Proudhon». Gambon era el discípulo de Proudhon, y su teniente político en la Nièvre, donde hizo, á partir de 1863, una activa propaganda en favor de sus ideas. Carlos Longuet había recibido de Proudhon todos sus conocimientos económicos y su programa político; había defendido á menudo sus teorías en las reuniones públicas de fin del imperio. Estos hombres y otros más oscuros á su lado, eran en la Comuna los representantes directos del socialismo proudhoniano.

HUBERT BOURGUIN

(De «Proudhon»)



PROUDHON

1809-1865

Pensamientos de Rossel

Teniendo la Revolución del 18 de Marzo que sostener una guerra, su gobierno para triunfar tenía, como primer deber, que fundar su crédito y fundar su autoridad. La *Comuna* ha vivido, ó más bien, ha perecido sin *autoridad* y sin *crédito*.

A despecho de la derrota de la *Comuna*, subsiste entero todavía el dilema puesto á la sociedad por los Comunistas: es preciso que la sociedad nos dé vida cómoda y fácil, ó bien matamos á la sociedad.

Quando la burguesía instruída hizo la Revolución de 1789, no la realizó sola. Llamó al aldeano para incendiar los castillos y al obrero para demoler las bastillas. El obrero ha hecho su obra; hoy día reclama su salario. Cómplices de la Revolución, compartid con ellos el beneficio.

Yo he pronunciado en la Corte Marcial una condena capital, pero fué conmutada sin mi intervención. Enemigo del homicidio tanto como de la guerra, acepto sin embargo *todas* las consecuencias de las situaciones en que me hallo. El 17 de Mayo no creía lo bastante en la eficacia de nuestra defensa para encaminarme por la vía de la represión. Ese mismo día, visité el fuerte de Issy, que era cruelmente bombardeado por el enemigo. *Es raro que en una guerra el fuego sea tan violento como lo fué durante quince días sobre esta desgraciada fortificación.*

LUIS ROSSEL

Delegado de la Guerra de la Comuna

(De las «Mémoires et Correspondance» de Luis Rossel, 1844 - 1871).

MEMORIAL DE UN CONDENADO A MUERTE ⁽¹⁾

(CONTINUACIÓN)

Quien ha probado diversas angustias en la vida, debe saber que ninguna es más cruel que la incertidumbre; esta es un engaño que al alma confunde y pierde, como le sucedió á la mía en la vana busca de la causa y del porqué mi patrón, con su hipocresía estudiada, no quiso, absolutamente, pagarme el convenido salario mensual: Por qué?....

La interrogación fué mi infame y baja curiosidad que nunca he podido comprender ni explicar; fué un abrirse delante de mis ojos un nuevo mundo ignorado; fué la primera vez, que en la vida, experimenté o fuí víctima de hipocresía de tal suerte; siendo nacido y vivido hasta la edad de 47 años, en un pequeño pueblo de campaña, y, no habiendo sido jamás inclinado al estudio de los libros que sirven, cuando menos, de instrucción al hombre, no puedo jactarme de ser un mediocre conocedor de la humanidad; soy un hombre exento de toda malicia; la afectación, ese sobrepujado carácter que tan gran papel desempeña en la comedia humana, tampoco existe en mí; por eso de frente á una iniquidad totalmente desconocida, los escrúpulos de mi natural lealtad, se sublevarán.

¡Oh! Hubiera sido mejor que el señor K. me dejara en la mi completa miseria, que haberme llamado á su servicio para después tener que sufrir todos los tormentos de una situación desolada privandome hasta de lo mas mínimo á que tenia derecho.

En situación tan extraña é inesplicable, que salia en absoluto del orden de las cosas naturales y razonables, he propuesto reconcentrarme en mi mismo, por qué, lejos de inspirar, á los demas, simpatía ó lastima, los colmaria de satisfacción; y para fortalecer la amistad es prudente dejar sentir de vez en cuando, a las personas que podemos muy bien pasar sin ellas; mucho mas que no llegué totalmente á suponerme victima de un depravado cálculo; hay delitos que no pueden presentarse á la memoria de un hombre de corazón, por qué jamás

podrá hacersele comprender la existencia de tales monstruosidades.

Siguiendo atentamente mi servicio, para disimular cualquier critica, no hice caso de los insultos y afrentas de mi malvado patrón, por habirme con la fuerza de la devoción y afecto siempre constante, el corazón suyo, para entrar en el y quedar triunfante; y estas mis buenas cualidades me obligaban á tener fé en él.

En aquella época fatal, no me faltó la idea de dejar casa y empleo; pero á donde ir? lo ignorado me expandaba, por qué podia reservarme tribulaciones más intolerables; despues me cruzaron por la imaginación, todos los cuadros miserables de mi horroroso pasado, y estas cosas no podía pensarlas sin sentir oprimirme el corazón: pensé que mejor seria continuar en la casa, y me propuse practicar obra más sencilla y conseguir, de no importunar al patrón solicitando dinero, por que oia y no me escuchaba.

Siempre sumido en constante actividad, pensaba fijamente en el desengaño obtenido de mi patrón, hombre que en el primer momento habia creído perfecto, pensaba que terminaba sin fruto mi diaria faena, y pasaba tambien por mi memoria el país donde vejetaba mi pobre familia, así que no me fué dado el obtener la paz de mi espíritu: he tenido momentos que di rienda suelta á las lágrimas, y para que un hombre como yo de 51 años, lllore como un niño, precisa que el señor K. me haya hecho sufrir más de lo soportable.

Esta es la verdad; téngase ademas en consideración que interin tanto yo me apuraba para hacer valer mi derecho, en el muy lejos patrio hogar, á donde vivia mi adorable familia en la ultima miseria, tenia un hijo enfermo de 14 años, que murió en la certidumbre de haber sido olvidado, malvadamente, por su padre.

Señor lector, ruego crea que no sé mentir: mi naturaleza franca y leal, siente por una falsedad horror instintivo: para mayor evidencia de mi desgracia, hecha la narración de los sucesos pasados, puedo afirmar que sin pasar por las jamas abreviadas formas juridicas, se hizo, en mi proceso, caso omiso de muchos artículos del Código de Procedimientos en lo Criminal; fuí con la mayor ligereza sentenciado por los representantes de esta especial justicia sud-americana; esos señores juzgadores tuvieron ojos para no ver y oídos para no escuchar; y ¡cosa increíble! no fuí jamás llamado á la digna presencia

(1) Véase REVISTA SOCIALISTA INTERNACIONAL, tomo I. N.º 3. pág. 177.

del señor Juez sumariante, Juez de sentencia ni tampoco de los Excmos. Camaristas: todos los reclamos hechos con tal fin resultaron inútiles. ¿Por qué?...

Pues por la sencilla razón de que el Código escrito no debía existir para mí, y la prueba es que, el día de hoy todo se puede obtener fijando precio: entonces, por mi humilde condición, la justicia no ha querido ampararme, y sólo mi patrón fué atendido por el señor Juez; puede estar seguro, mi lector, que el señor K. relató el suceso á su paladar; pero si el Juez, hubiese tenido la amabilidad de concederme el careo que le he pedido, habria encontrado en mí una victima de la fatalidad, por qué explicándole yo los poderosos motivos que me impulsaron á obrar; como lo ejecuté, hubiera muy bien comprendido, que solo la desdicha me lanzó á un sendero contrario á mis inclinaciones.

¿Y no acordandome, el susodicho Juez sumariante, el permiso de hablar como á podido, sin cometer un error, condenarme sin oír mi defensa, lo que no es justo ni digno de un Juez que tiene la obligación de administrar justicia sin ofuscación ni crueldad? Ni siquiera se tuvo en cuenta mi declaración espontánea; pues en cualquier Nación Europea habria sido una atenuante de mi causa.

Los señores Jueces juzgarán, en mi proceso, una mala partida en la que se puso en juego, nada menos, qué mi vida: ¿y todo esto por qué?... Pues por qué fui juzgado por hombres que no tuvieron sentimientos humanitarios, ni voluntad de rendirme justicia en lo más puro y más noble de la palabra; cometieron el gran error «voluntariamente» de escuchar el tañido de una sola campana, que fué la de mi expatrón, por medio de su abogado el señor Dot. Tamassi: ¡Caramba! diría un hijo del país; una lumbrera de la ciencia jurídica; y seguro, digo yo, fué propiamente necesario, a mi adversario, recurrir al primer abogado del foro bonaerense, para poder ocultar lo vergonzoso de su conducta, y hundirme en un mar de desventuras.

Si bien el rigor, y los padecimientos, me periguen en la actual situación; jamás ha salido de mí un lamento, por qué sé que cada uno busca el mejor modo de arreglarselas antes que tener que dar pié á que se diga que le remuerde la conciencia, y los míos son de muy diferente índole.

Todas las trampas que puso en práctica mi desonesto adversario, para alcanzar más éxito con su inicua estrategia, contribuirán á fortalecerme en la resolución

de poner á la vista de los hombres justos y humanitarios la verdadera historia; para hacerles comprender que los esfuerzos artificiales, de un hombre brutal, sin la base de la respetable sinceridad, caen, tarde ó temprano, por su peso, y me hacen figurar lo que realmente soy; más desgraciado que culpable.

De todo este doloroso embrollo, y otras cosas incafificables que describiré más adelante, consta que lo que expuse al señor Secretario E. fué, ni más ni menos, que la verdad; «hic est».

El señor secretario E. me aseguró que poseía el idioma italiano, al tomarme la declaración; y que para ello no se precisaba intérprete; pero yo no lo creo, por la razón que todos, y aún mi pretendido defensor señor Dot. Gori, me dijeron que con ella, yo mismo me habia arrojado: siendo así que recorriendo mi exacta confesión del drama, no encuentro, ni con mucho, las circunstancias que puedan determinar la alevosía.

¿Qué el señor E. no me haya comprendido? Puede haber sucedido muy bien: primero por lo que queda expuesto, y segundo por qué no prestó toda la atención que el caso exigía. Ejemplos hay varios como ser: cortar mi relato por el pago de una cuenta al presentarse un cobrador de diarios; atender á un agente de policía que venía con una parte, y hasta hacer cosas de niños, cual es pelotillas de papel y tirarlas á sus compañeros: estos hechos, hicieronme llamar la atención al señor Secretari E., manifestándole que suspendía mi declaración por no encontrar seriedad en él, y que la continuaría delante del Juez.

El señor E. quedó conforme, y me dijo que tenía derecho para hacerlo, y que se pondría en conocimiento del señor Juez; pero si se ha hecho ó nó, nadie puede saberlo, porque jamás he visto á dicho Señor en mi presencia.

Siento mucho decirlo, pero en honor á la verdad, diré que la pretendida civilización de este país, no es otra cosa que una gran mascarada; los señores representantes no son lo que representan; Colombine no es más honesta, ni más virtuosa de lo que era en la época en que faltaba totalmente la instrucción; en cuanto á la justicia, puedo francamente decir, que con ciertos refinamientos se encuentra cual era en el tiempo de los aborígenes. No sé de por molestado el lector al leer ésto, porque en seguida daré la prueba con exponer que después de ser

condenado á la pena de muerte, y acesorios legales; mis señores Jueces se dignaron visitarme, y entre otras preguntas á que contesté, les dí conocimiento de varias circunstancias, que son las mismas que aquí describo, y qué los señores Juzgadores ignoraban; la sinceridad y lógica que encerraban mis palabras, fué entendida, y puedo asegurar que los Señores Camaristas «4 de Abril 1900» se presentaron en vano á buscar en mí las características del delincuente: mi sermón dejó en la mente y corazón del Dot Don Miguel Esteves, sorpresa; piedad y remordimiento; estos sentimientos, lo arrastraron á la disyuntiva de declarar en alta voz el error judicial, con estas textuales palabras dirigidas á sus señores colegas: «miren señores, estamos equivocados con este hombre; aquí no hay alevosía» palabras que fueron oídas también por algunos empleados de esta Penitenciaría; ¡única verdad que salió de labios de justicia argentina!

Tenga presente el lector qué el hombre que piensa cometer un delito, lo más elemental de su proceder es la impunidad, velar por el misterio de sus pensamientos y acciones tratando de poner al abrigo de cualquiera sospecha; y todas estas cosas hubiera podido ponerlas en práctica, porque al tiempo del drama yo vivía en la misma casa que habitaba el expatrón; y este es un punto que precisa una explicación; hic est.

Hasta el último momento se quiso no favorecerme con un hecho benino, como ha tenido el cinismo de dar á comprender el señor K. al señor Juez sumariante, pero si confundirme injustamente con el engaño, y para cerciorar de esto al lector le diré que el señor K., el día que me despidió, me dijo que continuara viviendo en su casa, que no tenía necesidad de buscar ocupación alguna por qué él y el señor López, «víctima» sub-director del Instituto, habían encontrado, para mí, un empleo en el Correo Central: obrando de este modo mi expatrón me hizo comprender qué me despedía muy benignamente hiriéndome con la espada de Damocles; esta manera de despedirme me hizo recordar el efecto de la hiel propinada al Redentor por sus verdugos, mas sin embargo, yo contento, en apariencia, escuchaba las condiciones de mi despedida qué según lo expresado por el señor K. no era tal sino un cambio de empleo; pero todo unido no dejaba de ser más qué una estudiada bafa.

LUIS MALPELI.

(Continuará).

El socialismo y las religiones

Una cuestión seria é interesante para los socialistas de todos los países y sobre la cual no existe un criterio uniforme,—es sin duda alguna, la de la actitud del socialismo frente á las organizaciones religiosas, ó de otro modo, frente á las religiones. Por lo tanto, pienso que no son inútiles las observaciones que tienden á dilucidar el punto.

Creo yo—y aquí empiezan mis observaciones—que la actitud del socialismo frente á las religiones, es errónea.

En efecto, el Socialismo ó el Partido Socialista, declara que la religión es asunto de la conciencia privada» y que, por consiguiente, él es neutral en este punto y combate toda intolерancia religiosa. Esto, por un lado, resulta algo curioso al constatarse la propaganda anti-religiosa desarrollada por la mayoría de los socialistas en innumerables escritos y discursos, y por otro, revela lo erróneo de esa declaración, poniendo en evidencia la contradicción existente entre la teoría y la práctica.

¿Los socialistas combaten á las religiones? Ateniéndose á la declaración «oficial» — por decirlo así, — se puede responder negativamente. Pero surge otro punto: ¿por qué, entonces, la mayor parte de los socialistas atacan á las religiones? Alguien podría responderme que esos ataques son «privados», es decir, son hechos por individuos y no por la colectividad, ya que ésta no puede hacerlos, porque la religión es asunto de la conciencia privada. «Y eso aunque sepa que una de las fuerzas más poderosas en favor suyo, es justamente la falta ó la disminución de la creencia en Dios, por medio de la cual los sacerdotes de todas las religiones y en todas las fases históricas, han sido los más fuertes aliados de las clases dominantes, al mantener á las turbas subyugadas por la fascinación religiosa, como las fieras bajo el látigo del domador. Esta es la verdad. Las religiones, con sus hipótesis absurdas, han servido y sirven admirablemente para secundar los planes de predominio de la clase privilegiada.

Siendo lo precedente real y positivo, se explica entonces por qué los socialistas nos vemos en la necesidad de

combatir la religión, pues en la práctica constatamos que los prejuicios religiosos se presentan como barrera formidable opuesta al desarrollo sólido de las ideas de renovación social.

Las religiones, para nosotros, no pueden ni deben ser asuntos de la conciencia privada, ya que las ideas que ellas propagan, además de ser absurdas y contrarias al espíritu eminentemente científico de nuestra doctrina, son diametralmente opuestas y refractarias á las reformas secundarias y fundamentales que propiciamos. A cada instante, en nuestra lucha, chocamos fuertemente con los prejuicios religiosos y con las religiones de cualquier denominación que sean. Es porque así como la religión está en pugna con la ciencia, también está en abierta oposición con el Socialismo, por el carácter científico y revolucionario de éste.

Si estamos de acuerdo con todo esto, debemos también estar de acuerdo en que es pueril y perfectamente erróneo que el Partido Socialista permanezca neutral, en sus afirmaciones teóricas, frente á las religiones. Y resalta más la necesidad de que el Partido Socialista defina de una manera más lógica su actitud frente á las religiones, si se considera que, mientras por una parte los socialistas efectúan una apreciable prédica anti-clerical, se contemplan, por otra, como algunos militantes aceptan las prácticas religiosas, sin que el Partido pueda hacerles ninguna observación, por la declaración, tan ridícula como famosa, de que «la religión es asunto de la conciencia privada».

Los socialistas, pues, estamos en el deber de orientar con la debida concordancia, nuestra acción y propaganda, y en tal sentido, procuremos que en los congresos socialistas se aclare ampliamente este asunto: «¿somos ó no somos anti-religiosos?».

Si lo somos—y debemos serlo por muchas razones,—no debemos decir que «la religión es cosa privada», sino que se debe combatir, porque de lo contrario, hacemos el papel de Pilatos y el de los que se proclaman «neutrales» frente á la lucha que sostienen conservadores y revolucionarios.

Si no lo somos—y creemos que las creencias religiosas son incompatibles con el Socialismo,—olvidaremos sencillamente la realidad de las cosas y la verdad de los hechos, cayendo en el más deplorable y censurable error.

Si á pesar de comprobar y de opinar que las religiones realizan una obra nefasta, pretendemos que el Partido Socialista debe seguir proclamando su neutralidad frente á ellas, hacemos un papel semejante al que haríamos si aun reconociendo las maldades del régimen capitalista, no le combatiéramos.

MARTÍN CASARETTO.

CeDinCI

Los obreros asalariados que solo tienen la fuerza de trabajo y cuya renta es el salario, los capitalistas que poseen el capital y perciben el provecho, los propietarios territoriales que detentan la tierra, constituyen las tres grandes clases de la sociedad moderna, basada sobre la producción capitalista.

MARX, *El Capital*, tom. III, Cap. LII.

Industrialismo y Socialismo en la Argentina ⁽¹⁾

SEGUNDA PARTE

El industrialismo en la República.

(CONTINUACIÓN)

Estudiemos en particular el movimiento industrial. La cifra de los obreros industriales era en 1895 de 123.739 varones y 22.911 mujeres, descompuesta de la manera siguiente:

INDUSTRIAS	VARONES	MUJERES
Alimentación.....	28,669	8,402
Vestido y tocador.....	21,087	11,562
Construcciones.....	29,124	1,395
Muelles y anexos.....	11,341	1,380
Artísticos y de ornato.....	2,232	308
Metalurgia y anexos.....	13,963	668
Productos químicos.....	4,314	566
Mixtas y diversas.....	13,144	2,618

De estos obreros, 93.294 eran extranjeros y 52.356 argentinos. Esta población obrera es la que ha entrado más de lleno en el movimiento de la organización y la emancipación proletarias. Ha sido motivado este hecho por dos circunstancias: primera, porque el proletariado urbano é industrial, más en contacto con la civilización, siente por reflejo las acciones y reacciones de ésta antes que el proletariado movible y rural, más aislado de los centros de cultura; y segunda, porque las dos terceras partes de esta población son extranjeras y han sentido más de cerca que las criollas, cuando residían todavía en sus países de origen, las palpitaciones de las multitudes socialistas y han oído las nuevas doctrinas que auguran su redención social. Observando el movimiento obrero argentino, se nota que casi todos los propagandistas de la emancipación proletaria, económica y política, salidos de la clase trabajadora, son extranjeros y proceden de los gremios cuyo malestar es menos acentuado, así como que los obreros argentinos que se deciden á entrar en la lucha provienen del proletariado urbano y de los oficios mejor remunerados. Aquí y en nuestro tiempo, como en

todas partes y en todas las épocas, el enemigo más temible de la redención proletaria ha sido la ignorancia y la degradación intelectual de los mismos proletarios. El obrero consciente y libre ni vende su voto, ni acata en silencio la tiranía patronal, ni piensa que con satisfacer su hambre y la de sus hijos habrá cumplido el destino de su vida. La cultura obrera transformará el mundo.

Según el censo industrial últimamente levantado, resultaron censados en la Capital de la República 10,349 fábricas y talleres y 118,315 obreros, de los cuales 88,440 trabajan en las fábricas. El aumento en el número de operarios es progresivo en casi todos los gremios según resulta del siguiente cuadro gráfico, que tomamos del «Boletín del Departamento Nacional de Trabajo», No. 7, Diciembre 31 de 1908.

Tomando en cuenta, para algunas profesiones, los datos que arrojan los censos anteriores, puede establecerse la siguiente proporción:

GREMIOS	Población de 14 años arriba		
	1895	1904	1908
Alpargateros.....	488	400	1,559
Aserradores.....	201	318	2,994
Bronceros.....	50	354	180
Carpinteros.....	9,444	9,728	4,159
Caldereros.....	121	306	77
Colchoneros.....	325	563	310
Confiteros.....	698	774	1,114
Curtidores.....	959	1,166	1,841
Doradores.....	192	380	138
Escultores.....	369	342	432
Escoberos.....	215	237	316
Fideleros.....	398	566	698
Fotógrafos.....	234	476	236
Fundidores.....	505	833	2,557
Gasistas.....	826	787	2,000
Grabadores.....	249	367	161
Herreros.....	4,195	4,386	2,875
Horneros.....	750	432	1,941

E. DEL VALLE IBERLUCEA.

(Continuará).

No obstante haberse aumentado en este número la cantidad de páginas, el exceso de material nos ha obligado á retirar á última hora una parte ya compuesta de este artículo, que irá en el número próximo.—Nota de la Redacción.

(1) Véase REVISTA SOCIALISTA INTERNACIONAL, tomo I, No. 2, pág. 114.



El aeda canta...

A LA "COMUNA"

I

Moria lentamente la jornada
en el espacio y en los corazones....
Descendía á la tierra la sagrada
paz del descanso.

Un cielo de canciones
pasó bajo el crepúsculo.

Volvían
los labradores al hogar, ansiando
el honesto reposo. Parecían
borrachos de sudor, ese agrío jugo
con que la vid del cuerpo baña el yugo
que nos doblega sobre el surco.

Un bando
de golondrinas rubricó la altura,
en marcha hácia occidente.

Desde lejos
llegó el mugido de una vaca y otro
mugido respondióle. La insegura
y clarineante invocación de un potro
sobresaltó la tarde. Los reflejos
del sol que se enterraba bajo el mundo
dábanle al mundo un alma de tristeza.
Desde la curva del confín profundo
su luz, su roja luz, se disolvía,
bajo aquel cielo de irreal belleza,
en un perfume de melancolía....

II

Juan y sus hijos, Pedro y Luis, llegaban
por la línea ondulante de la senda
uno detrás del otro. Semejaban
luchadores que vuelven á la tienda
cargados de laureles y fatiga:
las gotas de sudor son los laureles....

Conduce el padre la pesada yunta
y á cada paso con la voz hostiga
á los mansos cuadrúpedos, que fieles,
con una gran resignación que junta
al instinto la ciencia, hora tras hora
en la ruda labor fecundadora,
estremecido como un arco el lomo
que más se curva cuanto más pujante
ha de ser el impulso, han arrastrado
entre olas negras de terrón - y como
con majestad solemne - la cortante
conquistadora quilla del arado.
Fué largo el batallar. Los vió la aurora
al campo dirigirse, y con la prora
de su bajel de hierro la esmeralda
de los campos hendir y los ve ahora
volver la tarde triste y soñadora.
El día no les vió más que la espalda.

III

En el hogar la madre los espera,
hacendosa mujer de cuyas manos
reciben la ración que refrigera,
en silencio y en paz los hortelanos.
Ella hace el pan, prepara la comida,
arregla el lecho, barre, cose, atiende,
del pequeño corral las aves cuida,
lava la ropa y bajo el sol la tiende.
Hay en la casa un luminoso rayo
que á los mayores en su afán consuela,
una niña, una hijita, todo un gayo
capullo que alborota y va á la escuela...
Otro quehacer: acicalar la niña,
asearla, ponerla delantales.
Madre de pobres, la miseria alíña
y dá un lujo de higiene á los percales.

Ha encendido la lumbre. Hace un momento
que empezó á saludar la chimenea
y ven los hombres, palpitando al viento
el humo, como un trapo que flamea.

IV

Hoy vino un visitante á la morada
y sale al paso de los labradores.
De sus pupilas fluye la mirada
como una gran corriente de fulgores,
que en el espacio hacia lo azul se expande . . .

Mirada noble y buena,
que es la disolución de un alma grande
en luz, en pura luz, honda y serena.
Tranquilo es su ademán, su frente altiva;
su voz se desarrolla como viva
llama de fé, de ensueños, de ternura,
de valor y confianza sin alarde,
y al extenderse mezcla su dulzura
con la melancolía de la tarde.
Se vé en su porte, su actitud, su gesto,
la franqueza del fuerte sin jactancia,
y su rostro nos dice que es honesto
como la flor despide su fragancia.

Frente á los tres erguida su silueta,
con la cordialidad del buen hermano
los acogió riendo. Era el poeta.
Todos corrieron á estrechar su mano.
—Ya que por fin concluísteis la jornada
y traéis el espíritu sereno,
vamos á conversar en la sagrada
paz del hogar— dijo el poeta.

— Bueno,
responde el padre— es hora,
y compartiendo la modesta cena
nos harás escuchar la encantadora
lección. Con frase llena
de unción, añade Luis:

— De tus palabras
beberé— y dice Pedro:

— Cuando abras
el raudal de tus sabias reflexiones
escucharé con la atención de un niño . . .

— ¡Oh, sanos corazones
todo candor, ingenuidad, cariño,
renú, hoy quiero duros
una lección de ensueño y de energía . . .
Y con la gloria de sus ojos claros
á sus tres compañeros sonreía.

V

Los resignados bueyes desuncieron
y al tronco de una higuera, cuya baja
copa sirve de tienda, los rolieron
á atar—y les pusieron
ante el hocico la ración de paja.

Entraron finalmente en la cocina,
tomando en torno de la mesa asiento,
y en tanto que en un trébedo termina
de sazonzarse el rústico alimento,
principiará la narración.

El padre
en sus rodillas carga á la chiqueta
que en extraño sosiego permanece
mientras la luz de sus pupilas vuela
de una á otra faz. Parece
intentar sorprender en la movible
expresión de los rostros el sentido
completo de las cosas misteriosas
que con tono apacible
narra el poeta.

Rosas,
rosas de sangre y luz que ha florecido
el arbol de la Vida en las edades,
al riego de la gloria y de la muerte,
en el tumulto de las tempestades,
por los labios su espíritu ahora rierte.
Dijérase que cuánto allí describe
lo ha presenciado, ¿y es que acaso el alma
del poeta no vive
siglos y siglos, en un casto vuelo
que del abismo se remonta al cielo
y del cielo descende hasta el abismo?
Al cernirse mas alta que las cumbres
puede mirar al mismo
instante los senderos de la historia,
ver el desfile de las muchedumbres

y soñar con la gloria!
Abarca el tiempo en la infinita curva
de sus alas—y laten en su seno
el pasado, el presente y el futuro. . .
Han desfilaro como inmensa turba
de martirios, ensueños, ansiedades—
cuando lo quiso su genial conjuro—
en un tropel de sombras las edades.
Su alma tiene la edad del mundo. Tiene
el dolor todo y la esperanza toda
de la Vida inmortal. Ella ha vivido
siempre; es eterna. Nunca se debiene
en su marcha hácia el bien. Es infinita
y hácia el confín del Ideal circula
continuamente como la corriente
de un río. Es como un río que palpita
sobre la tierra y fugitivo ondula
con su carga de astros, y se aleja
permaneciendo en su lugar, y huye
y está presente viendo á un tiempo mismo
lo que pasó, lo que es y lo que viene,
y es abismo y puente del abismo;
y en tanto hácia el confín ignoto fluye
en sus ondas refleja
los árboles que crecen en la orilla,
las aves que lo cruzan en su vuelo
y la cósmica, excelsa maravilla
que en los bosques es flor y astro en el cielo.

VI

“Antes de un punto al otro iban los bardos
mantenedores de la intensa llama
del genio nacional y con gallardos
cantares que eran como una proclama
del nimen de la raza al heroísmo.
al amor de las viejas tradiciones,
inflamaban de fé, de patriotismo
el bronce ardiente de los corazones.
Narraban las cosechas de la Gloria
con acentos de amor, de odio ó de ira,
que eran como un vagido de la Historia,
lanzados por las cuerdas de la lira.

Hubo así un peregrino
que fué un alto cantor épico: Homero.
Señaló por la tierra su camino

con vibraciones de un clarín guerrero
que no se extinguirán. Cantó de Troya
el sitio, y la odisea
de Ulises; su febea
inspiración iluminó potente
y eternamente el cuadro en que se miru
héroes y dioses realizar hazañas
magnificas: su lira
tuvo la voz augusta
de la Inmortalidad, y era lanzando
á los vientos de Grecia con robusta
entonación, el alma,
toda el alma de un pueblo.

Otras naciones,
sacudidas por fieras convulsiones
de sangre y hierro, entre el fragor oían
mezclado el canto de los varoniles
rapsodas que los hechos referían
de segundos Aquiles,
y las heróicas gestas exaltaban
con toscas liras en que formidables
los sentimientos de una raza aullaban . . .
Aedas incansables,
á las rudas pasiones
de un pueblo daban voz. Después, troveros
al compás del laúd, en los castillos
cantaron el valor de los guerreros
fabulosos y hacían
estremecer de admiración y encanto
á los señores rústicos y fieros
que sentían vibrar su alma en el canto.”

“Muy otros son los tiempos que vivimos:
pero también hay luchas y hay afanes.
A otras cumbres la planta dirigimos:
hemos abierto al sol otras banderas,
y las sacuden otros huracanes.
Otro es el ideal. La lucha sigue
con su tumulto de ambiciones fieras.
de ansias fecundas, de dolor, de empeños
firmes y heróicos—y de timbo en timbo,
con su tripulación de albos ensueños,
la fuerte nave humana,
va combatida por los mares, rumbo
á la costa difícil y lejana” . . .

“Hoy también tiene el pueblo
 su épica gesta que cantar, y es esta
 la más grande y heroica,
 la más sublime gesta
 de cuantas con la sangre de los pueblos
 se han escrito. Jamás las muchedumbres
 de oprimidos, de esclavos,
 lanzáronse á escalar tan altas cumbres
 Jamás los bravos
 aguilones batieron estandartes
 tan gloriosos. Los siglos
 no vieron nunca destruir baluartes
 tan sólidos, ni vieron
 tan magna empresa ni tan nobles fines.
 Si hoy no suenan los bélicos clarines
 entre la hueste que al asalto avanza,
 cada conciencia es un clarín que vibra
 para cada soldado - y la conciencia
 lo conduce al asalto, al cual se lanza
 lleno de ardor, de amor y de clemencia.
 Jamás el movimiento de la mano
 que ataca fué tan amplio y generoso.
 Jamás fué tan sublime y tan humano
 el objetivo de la lucha. Ahora
 el héroe al combatir lleva en su mano
 por todo acero un resplandor de aurora

.....
 La sangre de los mártires florece
 también hoy y fecunda
 corre en raudales á inundar la Vida
 que á su líbido contacto se estremece,
 y sintiendo de ardor nuevos espasmos
 por el trágico riego enardecida
 se impregna de más nobles entusiasmos!
 Cuántos mártires cuenta
 la multitud que avanza, entre sus muertos
 A su paso se yergue la Tormenta,
 y la racha violenta
 desgaja vidas ó destruye huertos.”

“Tienen, pues, su epopeya,
 su grandiosa y magnífica epopeya,
 estos tiempos también. Que no les falte
 su Homero. Que la lira
 con sus acordes mágicos exalte
 la imponente belleza de las luchas
 actuales. Que cantores
 eximios canten la moderna Iliada

y tenga el pueblo de hoy sus trocadores
 que enciendan la potente llamarada
 de los nuevos amores...”

VII

“Y cumplo mi misión, llevo á tu choza
 por recuerdos radiosos conmovido,
 y mi alma entera que de luz rebosa
 dejaré como un astro en este nido.

Hoy dió un golpe de oro la Eferéride
 en el huerto cerrado del poeta...
 Con ella entró la gloria en sus cereados
 y hoy vive en un fulgor. Hoy su alma inquieta
 ha ido á abreviar en las profundas linfas
 del pasado inmortal y la enseñanza
 que así recoge transmitir la quere
 como una gran antorcha de esperanza
 á sus hermanos. Hierde
 su carazon el sentimiento, dando
 que hace brotar como un raudal sonoro
 la inspiración del bardo,
 el profeta canoro...”

VIII

“De la magna epopeya redentora
 que estos siglos contemplan, una hora
 inmortal, todo un canto,
 episodio con gloria y sin fortuna
 que surge con fulgor de sangre y llanto,
 ha sido LA COMUNA!...”

Mientras habla
 la mujer con andar imperceptible
 para no perturbar á los que escuchan
 pone sobre la tabla
 un mechero La escasa luz movable
 revolotea en torno de las cosas
 La noche se ha posado sobre el campo,
 y por la puerta abierta,
 la llama tremolante del mechero
 hunde la cuchillada de su lampo
 en las sombras Incierta
 una franja de luz corta la noche
 como una herida, ó como un sendero
 tendido ante la puerta
 Y durante la cena, su relato
 prosigue el narrador. Su frase evoca
 el glorioso arrebató
 del pueblo de Paris; la saña loca

de los ruines verdugos de Versalles;
 los rojos heroísmos que ilustraron
 de sangre tumultuosa la epopeya
 escrita sobre el fiemo de las calles
 por donde el alma de París vigía
 de los altos derechos
 que conquistó la Humanidad corria
 en el afán de valerosos pechos,
 sin temor de la muerte, á la defensa
 de los más sacrosantos ideales
 que con el trueno de su voz inmensa,
 capaz de detener á las caudales
 águilas en su vuelo, proclamara
 la gran Revolución. "De nuevo el oro
 del Ideal tiñóse en la vendimia
 sangrienta. El holocausto
 lleno de flores rojas los altares
 propiciatorios. Abatido, exhausto,
 cayó el Pueblo otra vez sobre las gradas,
 ante la diosa Libertad. El plomo
 de los verdugos se ensañó en su pecho,
 desgarrando entretanto la bandera
 de la Fraternidad, y aquello era
 ¡cómo si fuesen el Derecho!"

Con gesto familiar y con sencilla
 elocuencia el rapsoda
 moderno, ca arrojando la semilla
 de su palabra en las ingenuas mentes
 que la recogen como un surco.

Todo
 la magnitud del cuadro que describe
 surge en su frase; vive
 allí el impetu noble
 de aquel pueblo gigante, inmenso roble
 que arrastra al leñador en su caída
 y aplasta sobre el lodo á quien lo hiere
 para plasmar su estatua sobre el lodo
 y colberlo inmortal, porque no muere
 quien fué tan ruin para que justo sea
 mancharle eternamente la memoria
 con un escupitajo en que se vea
 como una gran reneganza de la Historia!

IX

Tal les habló y así quedó grabada
 en sus honestos corazones una
 divisa luminosa, una sagrada
 enseña: LA COMUNA.

Terminada la plática el poeta
 se despidió. La luna
 brillaba en el cenit. Sobre la inquieta
 campiña pone el viento
 nerviosidad de plantas, sobresaltos
 de pájaros dormidos, misteriosos
 rumores que los altos
 árboles vierten, estremecimiento
 de seres y de cosas. Se diría
 la pulsación de un mar tranquilo.

Heria
 un rayo de la luna el limpio acero
 del arado. El aeda
 al salir de la casa, contra el muro
 lo vió del fondo oscuro
 de la pared de barro destacándose
 con su filosa quilla, á ese crucero
 de los fértiles campos. Allí estaba
 como una nave con la proa puesta
 hácia lo ignoto, ya en la noche presta
 para zarpar, apenas raye el día,
 sin temer á la bruma
 ni al viento ni á las ávidas corrientes,
 rumbo á aquel mar con flores con espuma
 que grabará con sus profundos rastros
 y que envuelto en la sombra y el misterio
 duerme bajo los astros...
 Duerme su vago sueño en que palpita
 el corazón de la naturaleza,
 difundido en mil gérmenes, con ritmo
 hermano de la música infinita
 de las esferas, que con inefable
 vuelo descende, pero nadie escucha
 porque suena más alto y formidante
 el clamor de la lucha...

EMILIO FRUGONI.

Montevideo, Marzo de 1909

(Para la REVISTA SOCIALISTA INTERNACIONAL.)





Del régimen federal al unitario.

Tal es el título de este nuevo libro nacional del doctor Rodolfo Rivarola; libro grave, conceptuoso, meditado, obra propia como resultado de la experiencia de donde saca sus conclusiones acertadas; expresión lógica y natural de la verdad que emana de una época vivida con los refuerzos de antecedentes consagrados como axiomas ó desechados como exotismos que no arraigaron en la primera época de nuestra vida constitucional.

Obra de la meditación, del estudio y de la observación, este libro merece un análisis detenido por cuanto afecta el problema más trascendental de la vida independiente nacional, en donde se vería comprometido, quizás, su organismo general con un cambio de régimen semejante que implicaría el reverso completo de nuestro medallón; pero, reverso más lúcido, más compacto, más en armonía con nuestras tendencias pasadas y presentes, y hasta necesario en un venidero que ya se columbra grande y cuyor horizontes están en formación por la vía del cosmopolitismo, tan protegido y útil en nuestra tierra.

Lo que en 1826, 1835 y 1852 se entendió por federalismo, no ha sido más que una forma incongruente de gobierno. Rozas se llamaba federal, siendo su acción toda, en el hecho, de tendencia más que unitaria, dictatorial; aprovechando el momento bajo la dispensa de desagrar á Dorrego, fusilado, se le quedó la costumbre de llamar federal á su gobierno vistiéndolo de colorado.

Los mismos opositores que dieron en tierra con el oprobio, tomaron por bandera la llamada unitaria y bajo esa denominación derrocaron el poder y olvidaron el rótulo para permitir que la nación argentina anterior y preexistente á esa época oscura que ahora iluminaba el sol de la bandera común, se dividiera en un sinnúmero de repúblicas autónomas, y alguna de ellas llegara á embanderarse bajo la denominación de Estado.

Bien sentada queda la respuesta al preguntarse el doc-

tor Rivarola, si los diputados al Congreso General Constituyente fueron «representantes del pueblo» ó de un pacto de gobernadores? Y qué gobernadores! Propios del tiempo? No. Implantados por sí mismos, por fuerza.

Los hombres eran los mismos en épocas distintas y embanderados en partidos diversos ocasionados por las circunstancias; eran unitarios ó federales, de acuerdo con las ideas que profesaban combatiendo ó sosteniendo gobiernos, que, á su vez, se denominaban federales ó unitarios, nominalmente, no por obedecer á tales sistemas, sino por seguir un plan que amoldaban á sus tendencias personales ó á sus pasiones de cautillos: una especie de Venus cortejando al Sol, la que al ser siempre la misma la denominan Héspero ó Lucifero, según vaya delante ó detrás.

Bien claramente deja establecido el doctor Rivarola el peligro en que se encontraba la independencia parlamentaria en 1852, y bien lo vieron aquéllos mismos que acompañaron al libertador en su cruzada, pero que desconfiaron del fin como aplicaría las facilidades que le proporcionaba el triunfo alcanzado por todos bajo su comando, y algunos no sólo eso vieron, sino que, caído el tirano, vislumbraban ó sospechaban la existencia de pequeños césares aspirantes á llenar el vacío.

Una cámara formada en circunstancias tales, no podía dejar de ser reflejo preciso del estado general del país sometido por fracciones á gobernantes que no gobernaban sino que mantenían un estado de cosas imposible, y es lo que resultó, tanto del acuerdo de San Nicolás, como de la sanción de la Constitución del 53, que el doctor Rivarola como todos, ha considerado ser resultado de la labor de aquel Congreso, pero influenciado por las bases de Alberdi, y á su vez por la Constitución norteamericana.

Estudia analíticamente, el doctor Rivarola, el federalismo de la Constitución del 53 y de las Bases como obra de circunstancias; sin ellas hubiera llegado el Congreso al mismo resultado, por causas que antes ha indicado. En resumen, el doctor Rivarola llega, basado en la documentación oficial y por medio de argumentos irrefutables, con razonamiento tranquilo y examen detenido, á esta conclusión: el sistema federal que nos rige es sólo producto de un momento en que, por circunstancias especiales, y aún cuando sus autores procedieran científicamente al considerarlas, los mismos que lo engendraron lo creyeron transitorio; y siendo sólo de nom-

bre nuestra forma de gobierno federal, somos en el hecho unitarios, y al unitarismo tendremos que llegar y tal vez pronto, porque el federalismo argentino es «irrealizable y regresivo».

Las mismas fracciones en que quedó dividida la Nación después del '52, no tenían más que un único y mismo propósito: unidad nacional bajo una constitución, como lo habían de conseguir sólo después del choque armado de Pavón.

Pasa rápidamente el doctor Rivarola, pero marcando uno por uno los puntos salientes de cuantos se han ocupado del estudio de la Constitución argentina, desde su nacimiento hasta estos momentos, y encuentra siempre la idea de la Nación unificada en todos, por más que predomine la idea federalista; y es claro que aun cuando se examine la Constitución en sus detalles, la idea dominante fué la tendencia centralizadora, de que hicieron cuestión de partido los mismos hombres que unidos primero se dividieron después para luchar en aras de sus ideales políticos. El mismo flajelo acertado hace el autor considerando la administración de justicia, esa rama vital de la organización nacional que se ve dividida en tantas fracciones como provincias, con más la de tener dentro de la misma Capital Federal, dentro de un sólo territorio, regido por una sola autoridad y bajo el mismo régimen legal, dividida la administración de justicia, contribuyendo á dificultar más su aplicación y no llenando el fin propuesto como fundamento en el preámbulo constitucional: afianzarla dentro de la unión nacional. Y tampoco ha conseguido el Federalismo consolidar la paz interior. Y el régimen municipal? y la institución policial?

Estudiando los grandes factores unitarios coloca en primer término el autor á Buenos Aires, como capital nata de la República, para ello fundada desde que la estableció Mendoza sobre la margen derecha del Río Solís y reconstruyó Garay para dar centro á las autoridades del Plata, hasta pasar por todas las vicisitudes por que atravesó junto con la patria en su comienzo, sirviendo siempre de gran cabeza y puerta de entrada á la Nación, que consagróla definitivamente en la batalla de los Corrales, haciendo desaparecer la vieja división sin motivo de porteños y provincianos, para pasar á ser patrimonio común de todos los argentinos.

En vano dice, repite y protesta el autor de que su libro no es un libro de historia; pero en el hecho es el estudio histórico constitucional de nuestro país en sus ten-

dencias al cambio de la forma de gobierno, hácia donde marcha á pasos acelerados. No toca los detalles, pasa por muy arriba de ellos, señalando las cumbres que marcan inequívocamente el derrotero de las transformaciones gubernamentales.

Después, las vías de comunicación que llevan fatalmente la población tras ellas y hacen desaparecer las distancias y borran el desierto para cubrirlo de millones de habitantes á lo largo de sus miles de kilómetros, no es menos fundamental elemento unitario. Establecida la comunicación, desaparece el aislamiento y, por tanto, es más rápida la fusión misma de la raza por vía del cosmopolitismo á que se encuentra entregado afortunadamente nuestro país; y por sobre todos los factores está colocado como á propósito en último término, la educación popular, la instrucción general, la enseñanza en todos los ramos del saber, que prepara al individuo para su aptitud de ciudadano en las tareas de gobierno, participando en su respectiva esfera de la porción que como á tal le corresponde.

Los porcentajes del analfabetismo, arrojados por la estadística triste es reconocerlo, son inmensos y demasiado elocuentes para ser favorables al sistema que descentralizando los aplica. Uniendo á todos éstos, los factores innegables de raza, idioma, religión, territorio, suelo, clima y todos los demás sentimientos que claman unánimemente por la consolidación genertal que facilite más aún el desarrollo y progreso de nuestra patria en todas sus formas, ya se puede sacar la consecuencia.

Y termina por fin el doctor Rivarola, exponiendo que el hecho de proclamar una doctrina unitaria no implica dar cimiento para que alguien piense que hemos menester retrogradar al pasado sangriento que antes agitó la estabilidad de la patria, sino que, así como el sistema federal actual fué obra circunstancial del momento, en que se adoptó, del mismo modo en la actualidad se impone el régimen unitario, como natural consecuencia del tiempo en que la Nación efectúa sus evoluciones políticas, cuyos factores la impelen necesariamente al sistema indicado.

Obras como la del doctor Rivarola, escritas sobre los hechos y lanzadas sin temor, son de las pocas que enriquecen nuestra escasa literatura nacional y al par que ilustran proponen el despertamiento de una idea adormecida y encierran el desarrollo de un programa.

PEDRO PACHECO.



Concurso literario

El Centro Socialista de Avellaneda ha resuelto organizar, con motivo del 38º aniversario de la Comuna de París, un concurso literario con arreglo al siguiente programa: 1º «Los Comunistas» (verso endecasílabo); 2º «La Comuna y el Socialismo» (prosa); 3º «Socialismo Rural» (prosa); 4º «La mujer socialistas» (verso libre); 5º Socialismo práctico y teórico» (prosa); 6º «El Socialismo y la delincuencia» (prosa); 7º «Socialismo político» (prosa); 8º «Versos» (metro libre); 9º «Socialismo gremial»; y 10 «Socialismo cooperativista».

Las composiciones deben remitirse al secretario del centro, Enrique L. Villacampo, Belgrano 254, Avellaneda, á la brevedad posible.

Cartas de un penado

Publicamos á continuación dos cartas que nos ha dirigido un penado á 15 años de presidio. Son documentos interesantes, que revelan con toda elocuencia la injusticia de nuestro sistema de represión. La sociedad, que engendra el mayor número de los delitos con su organización económica, aplica una regla uniforme para castigar los delincuentes, sin tomar en cuenta las condiciones sociales de su vida y las modalidades de su carácter. Este documento revela también que el hombre de las cárceles no es un monstruo social, incapaz de regeneración moral: un presidiario que anhela iluminar su cerebro con los rayos de la ciencia, demuestra por ese hecho que la escuela sería el medio de regenerarlo y que las instituciones de enseñanza pueden concurrir poderosamente á la solución del problema de la criminalidad.

He aquí las cartas, textualmente reproducidas:

La Plata, Febrero 17 de 1909.

«Muy señor mío»:

Me lleva hasta usted el siguiente asunto: Soy un penado á 15 años de presidio, argentino, de 27 años, huérfano de familia. Cometí un homicidio y fui procesado por ese

delito y por primera vez. Entré á la cárcel en 1905, no sabía leer ni escribir; afuera me ocupé siempre en trabajos de campo. Tube apesar de mi rudeza, un momento de reflexión y me propuse aprender á poner mi firma, luego otro nombre y he aquí señor maestro, lo que he aprendido sin más maestro que mi propio esfuerzo de voluntad.

No conozco nada absolutamente lo que es Gramática, Sociología, Geografía y otros libros que puedan ayudar al desenvolvimiento de este cerebro joven aún y lleno de aspiraciones.

Por esta razón me dirijo á usted ya que carezco por completo de recursos, solicitando algunos libros que me proporcionen un rayo de luz. Pues, aún cuando ellos sean usados por mí seran prendas de importantísimo valor. En espera de tan grandiosa ayuda queda este humilde S.S.—Cipriano Zárate».

La Plata, Marzo 2 de 1909.

«Distinguido Doctor y Cofrade»:

Recibí ayer sin saber el porque de tanta generosidad, las siguientes obras: «La Universidad Nacional de La Plata», «Cicerón», «El arte de hacerse rico» «Política social y económica política», (2 Vol.) «Ciencia y Moral», «El Hombre y su Obra», «Historia Natural» y «Capital» del fecundísimo pensador y guía de la transformación Social Carlos Marx. Recibí así mismo por correo el 2º y 3º número de la importante «Revista Internacional».

Verdaderamente Doctor, no sé á que debo este inmenso rasgo de bondad y tan acertada obra. Yo hace unos días escribí al Director de la escuela universitaria, solicitando algunos libros, porque carezco de toda clase de recursos para poderme costear algunas obras que me instruyan, porque no tengo mas conocimientos intelectuales, que los que he aprendido en los diarios y después de haber caído á la cárcel. Jamás he visitado colegio alguno; tube la desgracia de quedar huérfano á los seis años de edad. Me criaron personas extrañas, quienes se interesaron más en sacarme el jugo que enseñarme á leer ó hacer una letra. Así me desarrollé en la campaña donde toda la vida no manejé mas instrumentos, que la boleadora y el lazo. Era ignorante como puede suponerse. Un día un patron millonario quiso robarme lo mío, lo que me había costado el sudor de mi frente y el sacrificio de mi alma y no le permití. Entonces intentó romperme la cabeza

por que no me dejaba robar y, no se lo permití, me defendí como se defenderá el más santo aristócrata. En la lucha le tocó la peor parte á él y sucumbió, yo vine á la cárcel. Los hijos del extinto pusieron inmediatamente un abogado, para que se encargara de hundirme en la mazmorra y aún me dijo el juez que se me nombraba el abogado de pobres, yo tomé ésto, como una generosidad desconocida, pues, jamás había centido decir que los pobres *teníamos abogado gratis*. Después no me ocupé de saber mas nada. Un día, por carambola, oi decir que estaba el abogado de los pobres y empujado no sé porque fui yo tambien entre otros á verlo. Le pregunte por mi causa y me dijo que, él no sabía si era mi abogado (esto fué á los siete meses de estar preso, ya hacía cuatro meses que el fiscal se había expedido, pidiendo la pena de seis y medio años de penitenciaría)—Un año después, volví á ver como la vez anterior al abogado de los pobres. Estaba esta vez mas de buen humor que la anterior y, me dijo de que mi causa estaba para fallo, y que esperase la libertad porque el juez no tenía porque sentenciarme, que yo había obrado en legítima defensa. Entre tanto yo aprovechaba el tiempo en aprender á leer y escribir. A los pocos meses después, ó sea á los dos años de estar detenido, el juez del crimen Doctor Ramallo López me condenaba á sufrir la pena de 15 años de presidio, inabilitación absoluta por igual tiempo, 5 años de vigilancia y, mil quinientos pesos (\$ 1.500) de honorarios al abogado de la parte contraria Doctor Almagro.

Un año después poco más ó menos, el fiscal de Cámara pedía la reducción de la pena impuesta por el juez á seis y medio años de penitenciaría, lo mismo que el fiscal de primer instancia, y en Noviembre del año pasado, la Cámara confirmó la centencia del juez en todas sus partes. Del abogado de los pobres no digo nada, por que ¡malhaya si lo he vuelto á ver! Apelé la sentencia de la cámara y le escribí al abogado de los pobres pero, todavía no ha venido ¡tiene tanto que hacer el *pobre*! Ahora estoy todavía sin saber si se me le dará entrada á la Corte á la causa ó no. Hace cuatro años y meses aque espero fallos definitivos. Un compañero de ideas que es empleado en esta repartición, me prometió ver un abogado amigo sayo, para que hiciera las diligencias, afin de ver si me daban lugar en la corte pero no sé en que habrá quedado.

Toda mi historia es esa Doctor. Maté y vine á la cárcel. En la cárcel aprendí á leer y á escribir y sin tener la

mas mínima noción de lo que era verso escribí muchos. Un amigo me los pidió, se los di y, me hizo hacer un librito, que se lo adjunto. Después, leyendo al Azar, al gun periódico Socialista combí el ideal; tengo un amigo aquí, es el avilitado del mandadero, y que también es *compañero* de ideas, que de vez en cuando me trae «La Vanguardia» que es para mí un mundo, conque, figurese Doctor, cual será mi agradecimiento por los libros que Vd. ha tenido la bondad de remitirme. Creame que sabré aprovecharlos con toda la intensidad de mi entusiasmo. I, ya que no puedo ayudar á la gran obra socialista entre las masas de proletarios que se aniquilan en los talleres, fábricas y campos, lo hare aquí, entre los hombres que se están pudriénd en las cárceles mal sanas, y degeneradas, aquí también es presiso estar, como es presiso estar en todas parte. Aquí hay mas probabilidad de despertar las conciencias que en cualquier otra parte. Aquí se aprende á odiar á la patria limitada, se desvanece la creencia del Dios imaginario y se concluye por rebelarse con doble entusiasmo por la misma razón de berse oprimido y sin libertad y todo lo que encierra injusticia contribuye al desate de la rebeldía sin retroceso, sorda pero demoledora. Bueno Doctor, es demasiado preocupar su atención, quedo sumamente agradecido de todo y reconozcame como un soldado acérrimo del gran ejército Socialista. Con todo respeto quedo de usted y de la causa un atto S.S.—*Cipriano Zárate.*»

La Escuela y la Comuna

En el salón de la «Unión é Benevolencia», Cangallo 1368, el doctor E. del Valle Iberlucea, patrocinado por la sociedad «La Escuela Moderna», dará el 18 de marzo, á las 8 p. m., una conferencia sobre «La Educación y la Comuna de París».

«La Escuela Moderna» es una institución popular, sostenida por la clase obrera de Barracas al Norte. Ha conseguido fundar una escuela, cuyas clases son concurridas por numerosos hijos de trabajadores, que reciben allí una enseñanza racional y emancipadora.



La unificación obrera

Nuestras dudas respecto á los resultados prácticos del segundo congreso de unificación de las fuerzas obreras organizadas han tenido plena confirmación.

El 25 de febrero último, en el salón del Centro Socialista de la circunscripción 10ª, calle Méjico 2070, se llevó á cabo la convocatoria á sesiones del Congreso.

Asistieron 16 delegados en representación de las siguientes sociedades obreras: Unión General de Trabajadores, Unión Cosmopolita de Obreros Empajadores, Herreros de Obras, Ebanistas, Similares y Anexos, Curtidores, Torneros en Madera, Horneros y Anexos, Liga Internacional de Domésticos, Constructores de Carros (La Plata), Sastres, Talabarteros, Unión Electricistas, Escoberos, Obreros en Mimbre, Pecheros y Albañiles y peones.

Como es natural, de hecho el Congreso había fracasado, 16 sociedades era una ínfima minoría que no podía abrogarse la representación total de la clase obrera organizada.

Así lo entendieron los delegados presentes á la Asamblea y por unanimidad se acordó postergar su realización hasta los días 8, 9, y 10 de julio próximo.

Ahora bien, la loable intención de algunas sociedades autónomas, empeñadas en refundir los organismos dispersos en un núcleo federativo, ha fracasado.

Y vamos á explicar por qué: La iniciativa partió de la Federación Nacional de Rodados. Los llamados sindicalistas (secta que en estos momentos está al frente de la Unión General de Trabajadores), prestaron todo su apoyo moral á la idea. Los trabajos se activaron. Nombrada la comisión encargada de redactar las bases de la futura unificación, se produjo una diferencia doctrinaria. Mientras lo socialistas auspiciaban bases amplias que conciliaban todas las tendencias, facilitando la solidez en la unión de las organizaciones hasta hoy divididas, los delegados sindicalistas abogaban por la conquista de una federación á base de antipolítica y de revolucionarismo autranche.

Derrotada la minoría sindicalista, quedaron subsisten-

tes las bases que sirvieron más tarde para publicar el manifiesto dirigido á las sociedades gremiales á objeto de que lo discutieran en sus respectivas asambleas y nombraran los delegados correspondientes.

Y aquí empieza la «guerra» sindicalista á la «sinceridad» socialista.

El periódico oficial del grupo emprende acto continuo una propaganda de doble fin. Aparenta ser fusionista á cualquier precio, pero deslizando entre líneas la diatriba y la desconfianza contra los socialistas autores de las bases triunfantes y desvirtuando el alcance de éstas en el seno de la comisión organizadora de los trabajos.

Esta propaganda fué secundada por los delegados de esa tendencia, quienes, velada ó francamente, desautorizaban la obra que realizaban los que con su fe y el entusiasmo de arraigadas convicciones luchan por traducir en hechos tangibles la hermosa concepción de Carlos Marx: «Proletarios de todos los países: uníos!»

Desde ese momento quedó decretado el fracaso del congreso.

Dedicado el grupito sindicalista á anatematizar la obra de los socialistas en la comisión organizadora, la indiferencia general de los gremios se tradujo en seguida en forma desdolorosa para muchos de ellos.

El manifiesto invitación apareció en noviembre del año pasado, el congreso estaba convocado para el 25 de febrero último y, sin embargo, muy pocas fueron las sociedades que lo discutieron, designando representantes.

Los sindicalistas argüían que las bases aprobadas estaban inspiradas en el «más puro reformismo», permitiendo falsas é interesadas interpretaciones.

Semejante duda sindicalista partía de la claridad meridiana que arrojaba la segunda cláusula aprobada por la mayoría de delegados, al especificar que: «esta institución se mantendrá oficialmente dentro de la más completa neutralidad frente á las diferentes escuelas ideológicas que se observan en el movimiento obrero, y á fin de conseguir la más amplia acción en la lucha, empleará los medios que las circunstancias aconsejen».

En cambio, los socialistas presentaban, en oposición á la cláusula aceptada, esta otra: «La nueva organización colocada sobre el terreno de la lucha de clases, sólo ejercerá los medios de acción propios á los sindicatos obreros, es decir, la acción directa; en consecuencia, excluirá de su seno los medios de lucha electoral y parlamentaria».

Como se ve, la cláusula aprobada era más clara, más conciliatoria y sobre todo más neutral, ajustándose á las exigencias reales en las luchas diarias de los trabajadores.

Pretender adornar la nueva organización con un marco de antipolítica manifiesta, consultando tan sólo los propósitos y fines de una recta tendenciosa, significaba esterilizar el trabajo unificador de los delegados. Por eso la mayoría de la comisión entendió que la cláusula criticada debía ser amplia y al mismo tiempo prescindente en prejuicios doctrinarios aplicados á la clase trabajadora, desde que la experiencia permanente demuestra que los hechos son los que determinan la forma de lucha á seguirse, según los casos.

Pero los prendados de las recetas tales ó cuales, encuentran anomalías en las intenciones de los que no culgan con sus sacramentos.

Los sindicalistas hablan de revolucionarismo, de acción directa y entienden que solamente se puede ser revolucionario propagando la abstención electoral. Su dogmatismo los lleva al extremo de afirmar que la clase obrera no ejercita la acción electoral y si la acción directa.

Verdaderamente no entendemos este silogismo. La acción electoral es ejercitada conscientemente por la clase obrera de todos los países en que el socialismo educa políticamente á las masas y al practicar esa acción política realiza la más inteligente acción directa contra el Estado y el patronato, desde que la ley obliga á éste á cumplir y sujetarse á sus prescripciones, como lo obliga una huelga triunfante, aunque con menos fuerza estable.

Por eso sonreímos cuando los pontífices del sindicalismo predicen solemnemente: «nosotros afirmamos que si tal cosa no se hace la fusión tendrá alguna dificultad, y probablemente no se hará».

¡Y acusan de caudillos, de pastores á los políticos socialistas! ¿Qué otra cosa se desprende de la afirmación precedente? ¿Acaso la clase trabajadora es un «ente» que el sindicalismo pueda impunemente encauzar por esta ó aquella escuela?

Para que la fusión de los obreros organizados sea tangible debe prescindirse de toda etiqueta, pues si se habla de antipolítica, la neutralidad queda hecha añicos y los partidarios de la acción política estarán en constante choque con los que pretenden á toda costa encerrarse en lo absoluto de sus mirajes.

Conceptuamos armonizadora la cláusula criticada por los sindicalistas y le aportamos todo nuestro concurso. Ella encierra todas las tolerancias, haciendo factible la unificación anhelada.

«Cuando las circunstancias lo aconsejen» es un programa amplísimo, sin horizontes, que es aceptado en la práctica diaria por los mismos sindicalistas.

El movimiento obrero está pletórico de esos ejemplos. La huelga se orienta en el transcurso de la lucha, según las circunstancias favorables ó adversas para la conquista de su objetivo. Esa misma huelga se declara cuando las circunstancias lo aconsejan, es decir, en períodos de mayor trabajo ó en que la homogeneidad de las fuerzas productoras aseguran la probabilidad de un triunfo ó de una conquista.

Nos restan todavía cuatro meses para la propaganda unificadora. El congreso del 8, 9 y 10 de julio próximo será el que decidirá definitivamente la posibilidad de cobijar bajo el manto de una gran organización federativa los antagónicos intereses de grupos y sectas que aspiran á manejar los intereses del proletariado, ordenándoles con bastante anticipación que esto deben hacer y que aquello deben rechazar.

Somos partidarios de la fusión obrera, la deseamos sinceramente, pero mucho nos tememos que el segundo congreso de unificación sea el corolario de aquellas célebres cinco jornadas del primero, en que la confusión más espantosa traicionó los intereses permanentes y efectivos de la clase laboriosa.

En el pasado congreso se pretendió sacar á flote la bandera del «comunismo anárquico», y para el próximo ya asoma el asta del estandarte sindicalista queriendo absorber todas las miradas sobre el desmantelado palo de su escuela.

La tan decantada neutralidad sindical está en peligro. Los sindicalistas amenazan arrancarse la careta que los cubre y de anarquistas vergonzantes transformarse en antipolíticos socialistas. Así entienden preparar á la clase obrera para luchar «directamente» contra el patronato; así esperan capacitar á los trabajadores para manejar y administrar la producción y así piensan sancionar la unificación de los proletarios presentándose como los eternos divisionarios del ejército productor.

De ahí que abogemos con denuedo por las bases amplias que la comisión sancionó. Su aceptación por el futuro congreso sería una muestra de tolerancia que redundaría

en beneficio de todos los productores organizados, pues la federación á formarse tendría que albergar en su seno no sólo anarquistas y sindicalistas, sino católicos, liberales y hasta indiferentes.

Sostener una cláusula que estrecha y restringe el desenvolvimiento de la organización en proyecto, es declarar que no se anhela la fusión, que se pretende el triunfo de una secta determinada con grave perjuicio de los verdaderos intereses del gremialismo.

La experiencia acusa como perniciosa y culpable esa propaganda sectaria. La actual organización, raquílica y casi embrionaria, está hablando elocuentemente.

¿Qué cantidad de obreros forman la Unión General de Trabajadores?

¿Cuántos militan en las filas de la Federación Obrera Regional Argentina?

¿Qué se han hecho las organizaciones del Interior?

Todos sabemos perfectamente que la vida de estas instituciones es ficticia, que muchas ya no existen.

Las dos federaciones nacionales no pueden presentar 5.000 socios. Las asociaciones del Interior unidas no alcanzan á la quinta parte de aquéllas.

Y sin embargo, hay quienes hablan de imprimir á la organización ésta ó aquella tendencia. ¡Pero si no hay ejército disciplinado, la táctica de los jefes no tiene aplicación posible!

Huelga de muebleros rusos

Este movimiento huelguista ha terminado. El trabajo se reanudó hace unos diez días, con las siguientes condiciones: jornada de ocho horas, salario por día y el 5 por ciento de aumento en los mismos.

El término de este conflicto señala un triunfo. Con antelación á la huelga, los muebleros rusos trabajaban á destajo durante 14 y 15 horas por día.

Durante el conflicto contaron con el apoyo pecuniario del Sindicato de Ebanistas, que gastó de sus fondos sociales unos 1.500 pesos en sostener á los huelguistas.

Las canteras del Tandil

Sin novedad. El movimiento continúa en un «statu quo» interminable. La intransigencia patronal también aumenta, estrellándose hasta ahora contra la solidaridad obrera que se mantiene sólida y homogénea.

LUIS N. GRÜNER.

TRIBUNA SINDICAL

En esta Sección publicará la REVISTA SOCIALISTA INTERNACIONAL los artículos sobre cuestiones de organización gremial en el país, que le remitan sus colaboradores. Dedicada especialmente á los obreros manuales, tendrán cabida en ella, con absoluta libertad, todas las ideas y tendencias en que está dividido el mundo del trabajo; pero fiel á su programa, la REVISTA no aceptará las colaboraciones en las cuales la violencia en las palabras sea el vehículo de odios personales y de rencillas de escuelas, y revele, en consecuencia, un vacío correlativo de inteligencia común y de altruista y solidario sentimiento de humanidad. Respetará, en cambio, el fondo y la forma de los artículos, aún cuando la segunda tenga algunas veces la ruda franqueza propia del alma proletaria. Las publicaciones de esta Sección no comprometen el pensamiento de la REVISTA.

¿Neutralidad y autonomía

del sindicalismo revolucionario?

Desde hace algunos años, los trabajadores, decepcionados por las reiteradas promesas de partidos políticos con ropajes idealistas, disimuladores de un materialismo cínico; profundamente heridos en sus sentimientos instintivos de una pisoteada justicia social, siempre deseada y nunca alcanzada, reunieron sus anhelos de emancipación en sus sindicatos de gremios. En ellos condensaron reivindicaciones sociales, de las cuales veían brotar reacciones de vida más en armonía con sus aspiraciones de hombres ansiosos de libertarse de los yugos deprimentes que los esclavizan á un estado de cosas inicuo y criminal, en sus contrastes flagrantes de iniquidad y arbitrariedad.

Como todo movimiento de índole política ó filosófica, este despertar obrero en el orden económico-moral, recibía, no diré la savia vivificante, que es jugo elaborado en terreno propio, pero sí el estimulante de los esfuerzos viriles del proletariado europeo, para emanciparse de toda tutela, que pudiera comprometer sus fines propios, dis-

trayéndoio, en hechos electorales y políticos, ó subordinando los grandes problemas que trabajan la masa trabajadora en constante elaboración de un algo mejor, á intereses mezquinos y momentáneos de partidos en pugna.

Aquí, en la Argentina, sin recorrer todas las fases de los tanteos de todo comienzo, siempre difíciles é inciertos, se implantó la organización obrera, con el beneficio de la experiencia, rica y fecunda en enseñanzas, de los trabajadores del viejo continente. En pocos años se realizó una obra magna, por no tener que luchar con una tradición férrea, enemiga de todo lo nuevo, como también por encontrarse con elementos «desarraigados», en los cuales no vibraba fuertemente la fibra nacional, que enerva siempre los anhelos revolucionarios de todo hombre educado en el sentimiento patriótico.

Pero, con todas esas facilidades locales, ese desenvolvimiento de las fuerzas obreras, no se hizo sin rozamiento ni choque entre elementos afines, que se reclaman del Socialismo, si bien con diferentes tácticas de hecho, y distintos modos de concebir la organización futura. Esa nueva orientación del proletariado tuvo desconcertados á los que pretendían obrar como directores inspiradores del proletariado, y no escatimaron consejos, amenazas y reconvenciones terribles para el porvenir de los organismos embrionarios, puestos en peligro por la audacia inconsciente de la acción directa. Sobre ellas iban á caer todas las iras de los potentados, fuertes con sus medios de defensa jurídicas y brutales, frente á la debilidad material y moral de los trabajadores.

¡Qué osadía!—se decía,—confiar los obreros en sus propias fuerzas, repudiando la palabra sabia y atenta de los hombres que brindaban delegaciones para legislar sobre las cuestiones palpitantes de los problemas sociales. «La violencia es la caricatura de la fuerza», ha dicho Viviani, el elegante retórico, ministro del Trabajo en Francia: ¿por qué emplearla si no traduce sino debilidad é impotencia, cuando poseemos aparatos legislativos, donde podemos forjar el derecho nuevo de los trabajadores? Y, dado su resistencia en comprender las razones de orden legal que guían á las colectividades hacia su emancipación total, por el derecho codificado, los trabajadores vieron formarse á su alrededor un vacío intelectual; porque los hombres de la «elite» negaban el saber universitario, como también la inspiración poética, enamorados de la forma, fecunda en profecías armoniosas á hom-

bres groseros é ingratos que dudaban de sus capacidades regeneradoras.

Y eso no fué todo. Un movimiento únicamente preocupado en mejoras materiales—satisfacción estomacal, decían los más,—no podía pretender remover los cimientos de la sociedad capitalista, para sustituirla por el colectivismo ó el comunismo, esencia del Socialismo contemporáneo. ¿La tendencia sindicalista no se asemejaba acaso al trade-unionismo inglés ó norteamericano, sin otras miras que el mantenimiento de la escala de los salarios y unidad de horarios, amputada, por consiguiente, de toda perspectiva de posibles transformaciones sociales, que eliminarían el parasitismo burocrático y capitalista? Una doctrina sin ideal es un buque sin brújula, abandonado al capricho de las olas perversas é indiferentes á los fines humanos encarnados en la tripulación.

El Sindicalismo, semejante á ese buque, con sus preocupaciones exclusivamente materiales, ¿no arrastraría á los trabajadores hacia la indiferencia mortífera por los grandes problemas de regeneración intelectual y moral?

Y así, se denunciaba al Sindicalismo como fuerza neutralizadora de todo lo hermoso, lo noble, lo generoso, contenido en el pensamiento revolucionario, creador de las nuevas relaciones sociales de equidad en el trabajo y la reciprocidad.

Pero, como siempre, cuando surge algo nuevo é inspechado, la incompreensión hizo exagerar los defectos de la nueva situación y echar un velo voluntario sobre la innovación que había creado la experiencia obrera en incesante elaboración revolucionaria.

Esa neutralidad aparente no era sino el deseo instintivo y á veces consciente de emanciparse de toda tutela ajena á sus propios fines. Aleccionados por los hechos anteriores, comprendiendo los errores pasados, los trabajadores hicieron un esfuerzo supremo para volver á tomar posesión de sí mismos. La tentativa fué arriesgada, pero no sin resultado optimista; y si hoy la orientación es incierta, como todo el «devenir» social, hay indicios que alientan á persistir en la labor empezada.

Colocados en este terreno ilegal, los obreros inteligentes no olvidan que si el porvenir está repleto de soluciones radicales que no admiten conversiones en el terreno ideológico, el presente contiene también soluciones parciales que son un compromiso en el mundo presente. ¿Se les reprocha el reconocimiento de esta necesidad ineludible?

Pero, ¿acaso nuestra vida fisiológica y psíquica no es ella también un compromiso con la muerte? ¿Cada instante de ella no implica una concesión al punto final de nuestra existencia? ¿Reprocharemos acaso al instante vivido y al que se desliza, el anticipo al instante á vivir? No, porque cada instante de nuestra vida es un eslabón fijado en la corta cadena de nuestra existencia individual, que está ligada íntimamente á la vida del conjunto, realidad colectiva, formada por todas las existencias pasadas y presentes, que dejaron y dejan sus huellas históricas grabadas en nuestras memorias y reflejadas en nuestros actos individuales y sociales.

El Sindicalismo es uno de esos instantes en la lenta evolución de las fuerzas revolucionarias, destructoras de todas fuerzas de esclavitudes; pero un instante de lucha y de heroísmos, porque pide á cada uno de los trabajadores asalariados, el esfuerzo consciente de su actividad, sin descansar esperanzas de redención en poderes supremos ó constituídos. La providencia divina ó estatal desaparece de la concepción sindicalista que continúa la tradición revolucionaria de la Asociación Internacional de los Trabajadores de los años 1864-1872, que tenía por lema «La emancipación de los trabajadores, será obra de los trabajadores mismos», y añade con Marx: «Trabajadores de todos los países, uníos». Palabras que implican la negación de las fronteras y afirman la solidaridad de los trabajadores del mundo entero.

Dada esa negación estatal, dado ese ataque directo y constante al capital, tendiendo á la supresión del salario, es absurdo afirmar la neutralidad sindicalista. El sabe que sería una contradicción consigo mismo quedar indiferente frente á las cuestiones que sacuden los viejos organismos de la sociedad actual.

Los problemas de ciencias y de filosofía, de moral y de estética; las discusiones sobre educación, relaciones sexuales, patriotismo y parlamentarismo, le preocupan seriamente, siendo de intereses vitales para el porvenir de los trabajadores. Pero, no las puede encarar con el espejismo burgués, porque el optimismo democrático las mistifica, las falsea, envolviéndolas en una nube de idealismo que disimula el carácter de necesidad y de asperezas que revisten en las tendencias y actos de cada individuo ó grupo social joven y vigoroso, confía en sus energías, desechando toda clase de augurios y profecías, sabiendo que de la lucha de todos los instantes, sin desma-

vos ni contemporizaciones, saldrá el porvenir, no de un cerebro más ó menos bien organizado, sino del genio creador de la masa, en vía de emancipación y en constante bregar.

Así, pues, lo que ha sido comprendido por neutralidad, no era más que el deseo bien caracterizado y el firme propósito de conquistar su autonomía. Proudhon y después Bakounine, con sus críticas y lógicas demoleadoras han sentado los principios federalistas, condenando la centralización como forma absoluta de opresión y tiranía, como enervadoras de energías individuales y locales. El federalismo concebido por esos hombre de genio y de acción, da vida en el dominio de las actividades sociales, á todas las partes del organismo, llevando una savia fecunda en cada elemento social, interesado en su propia suerte, ligada con la del conjunto, por las necesidades de su cuerpo y de su espíritu.

El sindicalismo revolucionario, inspirado en estos principios federalistas, realiza una organización gremial sobre base de amplia autonomía, autonomía que provoca la iniciativa de cada agrupación, sin que por eso se olviden los lazos de solidaridad que unen á todos los desheredados asociados frente á la concentración de fuerzas conservadoras que reúne el Estado, fiel defensor del capital del cual extrae todos sus privilegios.

Autonomía, pues, de las fuerzas organizadas del proletariado, emancipado de toda protección enervante de hombres que tienen por misión el apaciguar la lucha de clases, acicate de progreso en la sociedad capitalista.

LEÓN HAVAU

Fundidor





The Socialist Review, Vol. 2, núm. 11, Londres.—*El Socialismo de Mr. Carnegie*, por R. J. Campbell.—Se ocupa de las recientes opiniones contra el Socialismo expresadas hace poco en un libro por el célebre multimillonario de los Estados Unidos. Carnegie piensa que la desigual distribución de la riqueza es la raíz de la presente actividad socialista: sostiene que las grandes riquezas dependen de la comunidad, al punto de que sin una numerosa y creciente población no habría gran riqueza: y tiene la esperanza de que algún día existirá la universal y completa cooperación industrial. Todo esto es socialístico en esencia sea ó no Socialismo, dice Campbell. En su libro dedícate a la tarea de castigar al revolucionario socialista, ignorando el hecho de que el socialista que hoy debe ser tomado en serio en el cuerpo político, no es un revolucionario sino «un hombre de Estado práctico que sabe lo que quiere y el mejor medio de obtenerlo». Él bien sabe que el Socialismo es el nombre genérico de un ideal económico y político que ya ha sido realizado en parte (?) y que lo será más y más á medida que transcurre el tiempo. Carnegie declara imposible el Socialismo porque «la naturaleza humana es lo que es», porque la iniciativa individual nos ha dado el progreso: porque el «estímulo de la necesidad» ha producido el esfuerzo y de él ha resultado la riqueza. Sin embargo, el factor principal del progreso ha sido la cooperación, no la competencia: el mayor móvil de las manos y del cerebro humano se debe no al instinto de la adquisividad sino «al deseo de la propia expresión al servicio de la raza». No es exagerado decir que la mayor esperanza para el desarrollo de la individualidad en el futuro de la civilización es el Socialismo. Dedicar Carnegie algunas páginas á la descripción de los horrores que traería la igual distribución de la riqueza. «Imaginad, dice, á todo hombre, á cada mujer á cada niño, recibiendo en Inglaterra cuarenta libras esterlinas, que es la proporción para cada uno de la riqueza nacional igualmente dividida». ¿Cuál sería el resultado? Saturnales por un tiempo, luego el resurgimiento lento de ricos y pobres como antes, siendo el último estado peor que el primero. Esto es una simple niñería; sabido es que el principio fundamental del Socialismo es la solidaridad y no la igualdad. En cuanto á la opinión de Carnegie sosteniendo que han fracasado todas las empresas ensayadas según los principios socialistas, la experiencia nos enseña que la salvación no debe perseguirse por ese camino; toda la comunidad es la que ha de preocuparse de conseguirla; el problema no será resuelto por la segregación de algunos entusiastas del resto de sus compañeros. La sociedad como un todo, es un organismo que requiere ser más efectivamente socializado y el punto de acción para la realización de propósitos prácticos es el Estado. Si Carnegie tuviese veinte años menos, es probable que llegara á ser un apóstol del Socialismo económico y quizás colega de Keir Hardie y sus

compañeros socialistas en la Cámara de los Comunes. Pero ahora está lejos de consumarse esta obra: «un multimillonario piensa en símbolos monetarios, especialmente si su fortuna es adquirida en vez de heredada y Carnegie, á despecho de sus benevolentes impulsos, continuará pensando en símbolos monetarios hasta el fin de sus días».

The International Socialist Review, vol. IX, núm. 6, Chicago.—*La obra práctica en el Parlamento*, por Carlos Kautsky.—Crítica la opinión del revisionista Maurembrecher, según la cual deben los socialistas hacer obra práctica en el Parlamento para conseguir reformas sociales, de modo de obtener, etapa por etapa, «la transformación de nuestra clase gubernamental». También quieren los socialistas «abstractos», los teorizadores «colocados fuera de la realidad», realizar obra parlamentaria práctica. Pero si para los revisionistas ó reformistas la obra parlamentaria práctica constituye todo el ser y toda la finalidad de la actividad política socialista, no sucede lo mismo respecto de los segundos, quienes piensan que «la victoria del proletariado traerá el fin de la explotación capitalista». «Piensa el proletariado que los explotadores mirarán de buen grado y con la mayor naturalidad que él conquiste una posición tras otra y los amenace con su expropiación? Si así pensáramos viviría con una ilusión engañosa. Si por un momento nuestra actividad parlamentaria llegase á asumir formas que amenazasen la supremacía burguesa, es seguro que la burguesía trataría de suprimir las formas parlamentarias. Sólo teniendo una fuerza extraparlamentaria podrá el proletariado usar por completo de su poder parlamentario. Podremos cumplir en las asambleas legislativas lo que en ellas pueda realizarse, con la condición de que estemos listos para defender nuestro derecho de representación. El Congreso de Dresde ha condenado la política revisionista por 228 votos contra 11, considerando que semejante política convertiría á la Democracia Social, en lugar de un partido que lucha por una rápida transformación de la sociedad burguesa existente en una República Socialista, en un partido satisfecho con la reforma de la sociedad burguesa. La política llamada «política de unos pocos teóricos abstractos», es en realidad la de la inmensa mayoría del partido socialista alemán, en tanto que la del camarada Maurembrecher y otros es la desacreditada política de los socialistas nacionales, que desean empujar al proletariado fuera de la lucha de clases en procura de ganancias mercantiles.—D.

El mito de Nueva Zelanda, por Roberto Rives La Monte.—Del muestra cómo ese país no merece en verdad, el nombre de «Paraiso de Trabajo», aún cuando sea realmente un paraíso de la Naturaleza. Hablando de su legislación social dice, entre otras cosas, que la ley de arbitraje obligatorio ha tratado de convertir á la clase obrera dependiente por completo de creaciones del Gobierno que no pueden ofender ni á la Compañía Unión de Navegación, ni á los Judíos de Lombard Street sin suicidarse. Lo que debe aprender la clase trabajadora de América de la experiencia de Nueva Zelanda es que las reformas legislativas no serán provechosas á la clase obrera mientras el Gobierno esté en manos de la clase empresaria.—J de H.

La Revue Socialiste, tomo 48, núm. 288, París.—*En la América latina*, por Enrique Turot.—Dá Esteban Buisson la noticia de la aparición de este libro, en el cual el autor informa sobre su último viaje al Brasil y la Argentina, haciendo «una rápida exposición histórica y un estudio económico

detallado». El autor cree que, dada la era de prosperidad de esos dos países, Francia no debe dejarse adelantar por concurrentes más activos y no debe olvidar las relaciones sudamericanas de las cuales puede sacar un gran provecho. «Hay allí una tarea grande que cumplir: el Brasil y la Argentina pueden convertirse, si lo queremos, en admirables colonias francesas que no costarán a la metrópoli ningún gasto de mantenimiento, de defensa y de organización».

Revue du Travail, año 13, núm. 24, Bruselas.—*El movimiento sindical en Bélgica*.—En el Congreso anual de la Comisión sindical del Partido Obrero y de los sindicatos independientes, reunido los días 25 y 26 de Diciembre último en Molenbeek-Saint-Jean, estuvieron presentes 243 delegados, que representaban a 67.000 adherentes. El Congreso se pronunció en favor del proyecto de ley de Destrée estableciendo la jornada legal de ocho horas para los mineros y del proyecto de Bertrand fijando en diez horas el máximo para los obreros industriales; resolvió organizar, cuando se discutan los proyectos en las Cámaras, manifestaciones regionales y una agitación nacional intensa; se declaró partidario de la reglamentación del trabajo penitenciario, en el sentido de la supresión de los beneficios obtenidos sobre este trabajo por los empresarios y directores, y del empleo de los detenidos en trabajos de utilidad pública, sin perjudicar al trabajo libre; acordó organizar una campaña en favor de la institución legal del descanso en día Sábado desde el mediodía para toda clase de obreros y empleados de comercio, y, por último, estableció una Caja nacional de huelga y de subvención, con una cotización mensual de 5 céntimos por adherente.

A. Z.

